

El Investigador Latinoamericano

Publicación mensual de historia, cultura y sociedad.

Directores: Daniel Morán, María Isabel Aguirre y Frank Huamaní
Año 1, N° 5, Abril del 2010

EL INVESTIGADOR LATINOAMERICANO N° 5

Índice

- **Editorial:** *El Bicentenario de la Revolución de Mayo* en perspectiva contemporánea.
- **Presentación de libros:** *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú.*
- **Investigaciones:** Daniel Morán, *Elite y pueblo en la independencia en el Perú: estudios recientes de historia política, social y económica.*
- **Novedades editoriales:** 14 nuevas razones para conocer la historia.
- **Reseñas:** Joel Pinto, Comentarios al libro de Bernard Lavallé, *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista.*
- **Calendario de actividades** del Programa de Estudios Andinos, abril 2010, PUCP.
- Luis Miguel Glave: **Entrevista** con François-Xavier Guerra *“Considerar el periódico mismo como un actor”*

Editorial: *El Bicentenario de la Revolución de Mayo* en perspectiva contemporánea.



El estudio de los procesos de independencia en América Latina viene suscitando una diversidad de Congresos y publicaciones a nivel mundial. En esa perspectiva, la conmemoración del Bicentenario de la Revolución de Mayo ha sido el disparador para que en la sociedad argentina actual se enfoque el análisis de esta efeméride nacional en toda la amplitud del proceso que ha llevado asimismo a la Argentina a constituir este tipo de sociedad con sus problemas y posibilidades. Se busca estudiar la Revolución de Mayo en perspectiva de largo aliento relacionando 1810, 1910 y 2010, y dentro de esas fechas los diversos acontecimientos que la enlazan y han dado esa fisonomía particular dentro de América Latina.

En ese sentido, este año la nación Argentina ha preparado muchas celebraciones que van más allá de un fin puramente patriótico. No obstante, es importante subrayar que a veces se ha privilegiado demasiado el momento actual del Bicentenario sin vincular esta realidad presente a los fenómenos pasados y mucho más si lo que se celebra es el inicio de la Revolución de Mayo que terminaría tiempo después con la liberación de gran parte de América del Sur de la dominación española.

Por ello, es esencial percibir en los círculos académicos argentinos las diversas jornadas o congresos que se están llevando a cabo. Por ejemplo, recientemente el Instituto Ravignani de la UBA llevó a cabo del 6 al 9 de abril sus jornadas en donde se priorizó aquellos tres momentos centrales en estos 200 años de iniciada la revolución. La semana pasada del 15 al 17 de abril la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza reflexionó en un marco global el impacto de la Revolución de Mayo y todas las

vicisitudes que ha conllevado a su conmemoración actual. Tuve el privilegio junto al Dr. Heraclio Bonilla y la Dra. Natalia Sobrevilla de representar al Perú en estas Jornadas de debate iberoamericano. Seguidamente, del 26 al 28 de este mismo mes, la Universidad del Salvador y su Escuela de Historia organizarán *La Revolución de Mayo en perspectiva* que incide otra vez en el análisis relacionado de este acontecimiento con todo lo que vendría después hasta llegar a la reflexión de la realidad actual.



Finalmente, del 5 al 7 de mayo la Universidad Nacional de Quilmes ofrecerá una sugerente Jornada titulada: *Revolución, nación y sectores populares en 1810, 1910 y 2010*, que vuelve a reflexionar estos tres momentos centrales en la historia nacional de este país. Otra vez tenemos el privilegio de estar presente como expositor peruano tanto en la Universidad del Salvador y en la Universidad de Quilmes. En síntesis, la Revolución de Mayo está abriendo nuevas variantes para repensar este ciclo revolucionario vinculándolo a los hechos y sucesos desarrollados en todo el siglo XIX y XX, estas variantes deben llevarnos a problematizar muchas interrogantes aún no resueltas en toda América Latina y, principalmente, en la Argentina por ser el país en donde estamos llevando adelante nuestra Maestría en Historia, y también en el Perú porque este modelo de análisis puede servirnos para intentar una aproximación interesante de las guerras de independencia de nuestro país de origen. He aquí señalada el

camino para futuras reflexiones de estos procesos de la revolución en América Latina.

DANIEL MORÁN

COMENTARIOS:

elinvestigadorlatinoamericano@gmail.com

VISÍTENOS:

elinvestigadorlatinoamericano.blogspot.com

PRESENTACIÓN DE LIBROS: METÁFORA Y REALIDAD DE LA INDEPENDENCIA EN EL PERÚ.



“La independencia del Perú fue una consecuencia directa de la crisis de la corona española a raíz de la invasión de Napoleón a la península (1808 - 1824), y no tanto el fruto de la unidad de todos los peruanos apoyados por los ejércitos de San Martín y Bolívar”, afirmó el historiador Heraclio Bonilla durante la presentación de la quinta edición del libro *Metáfora y realidad de la independencia del Perú*.

En ese sentido, Bonilla reafirmó que la independencia del Perú fue concedida y no lograda, en contra de lo que han afirmado por

años los historiadores. Esta es la tesis que plantea el autor, cuya primera edición del libro publicada en 1972 causó gran controversia no sólo en el mundo académico sino también en la prensa de la época.

La quinta edición del libro *Metáfora y realidad de la independencia del Perú* fue presentada el lunes 12 de abril en el auditorio del Centro Cultural ADUNI (CECAD) en Breña. Acompañaron al autor con los comentarios Ruth Borja Santa Cruz, historiadora y docente de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM); y Claudia Rosas Lauro, coordinadora del Programa de Estudios Andinos del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).



La licenciada Ruth Borja dijo que el libro es una propuesta alternativa de la historiografía tradicional que no considera el factor étnico en el proceso emancipador. “Entre los indios, criollos, mestizos, morenos y negros no habían intereses comunes con relación a la independencia. Bonilla no ve a los indios como una masa monolítica, los ve en su diferencia de intereses, diferentes grupos sociales que durante la gesta de independencia pueden participar en los dos bandos: realistas y patriotas. La participación indígena en la independencia fue ambigua”, agregó Borja.



Por su parte, la doctora Claudia Rojas afirmó que se trata de un texto valioso que se enfrenta a la visión establecida de la historia y que busca reconstruir e interpretar la independencia del Perú más allá de las efemérides del bicentenario. “Es una ocasión para profundizar en el estudio del proceso de la independencia. El libro busca desenmascarar las bases de la historia que, lamentablemente, se sigue enseñando en los colegios. Es una visión crítica de la historiografía nacionalista”, añadió.

El libro *Metáfora y realidad de la independencia del Perú* forma parte de la serie Historia del Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos. Al término de la presentación se sortearon tres ejemplares del libro entre los asistentes.



Lic. Ruth Borja, Dr. Heraclio Bonilla y Dra. Claudia Rosas.

INVESTIGACIONES:

ELITE Y PUEBLO EN LA INDEPENDENCIA EN EL PERÚ: ESTUDIOS RECIENTES DE HISTORIA POLÍTICA, SOCIAL Y ECONÓMICA.¹



DANIEL MORÁN

aedo27@hotmail.com

**Universidad Nacional Mayor de San Marcos
(Lima, Perú).**

**Universidad Nacional de San Martín-IDAES
(Buenos Aires, Argentina).**

JOHN FISHER. *El Perú borbónico, 1750-1824*. Lima: IEP, 2000, 360p.

GUSTAVO MONTOYA. *La independencia del Perú y el fantasma de la revolución*. Lima: IEP-IFEA, 2002, 198p.

HERACLIO BONILLA. *Metáfora y realidad de la independencia en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos, 2007, 190p.

ELIZABETH DEL SOCORRO HERNÁNDEZ GARCÍA. *La elite piurana y la independencia del Perú: La lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)*. Lima: IRA-PUCP-Universidad de Piura, 2008, 476p.

¹ Publicado originalmente en *Desde el Sur*, Lima, nº 1, 2009; y en *Araucaria Digital*, abril 2010. Además, en este recuento historiográfico se analizan solamente libros de autores publicados entre el 2000 y el 2008 referidos al proceso de independencia del Perú que mantienen una estrecha relación con la historia política, social y económica. Por lo tanto, quedan descartados artículos, compilaciones y traducciones de libros que no se ajusten al ejercicio académico sugerido en este trabajo. Sin embargo, es útil señalar como referencia general estas investigaciones: Scarlett O' Phelan Godoy (compiladora): *La independencia en el Perú. De los borbones a Bolívar*. Lima: PUCP-IRA, 2001; Víctor Peralta Ruiz. *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal. Perú, 1806-1816*. Madrid: CSIC-Instituto de Historia, 2002; y Alejandro Rey de Castro. *El pensamiento político y la formación de la nacionalidad peruana, 1780-1820*. Lima: Fondo Editorial de CCSS-UNMSM, 2008.

El estudio de los procesos de independencia en América Latina viene suscitando una cantidad incontenible de publicaciones y debates académicos atrayentes a puertas de las celebraciones de los bicentenarios. Así, un recorrido fugaz pero inteligente por la historiografía latinoamericana de estos últimos años nos permite observar las diversas tendencias y las múltiples temáticas que esta historiografía viene abordando desde el campo de la renovada historia política y cultural (tomando como paradigma las investigaciones de Francois-Xavier Guerra), la historia social íntimamente relacionada al estudio de las clases populares como agentes de participación política hasta los sugerentes análisis de los proyectos políticos que los grupos de poder buscaron establecer a través de las armas y la lucha ideológica.

En esas perspectivas, la historiografía peruana reciente de la independencia ha mostrado estas mismas inquietudes marcando, sin embargo, algunas variantes en el análisis mismo del proceso. La historia política y cultural ha desarrollado mayormente el campo de la crisis de autoridad y las alternativas políticas (aunque complejas y contradictorias) que los grupos de poder y los mismos sectores populares adoptaron a consecuencia de los funestos acontecimientos abiertos en España con la invasión francesa de 1808. Por ejemplo, el estudio de la prensa, las redes de comunicación, los espacios de sociabilidad, la opinión pública, las elecciones, la cultura política, la educación, el teatro, etc. Por su parte, la historia social para nada desligada de lo político ha incidido en un estudio sistemático de las protestas sociales unidas a los vaivenes de las luchas políticas de las guerras de independencia y los efectos económicos que éstas habrían ocasionado. Está última tendencia preocupada por los costos y beneficios económicos que produjo la independencia, ha prestado atención a las continuidades y los cambios generados por aquellos sucesos en una perspectiva de proceso que debiera comprender desde el siglo

XVIII borbónico hasta mediados del siglo XIX republicano.

En ese sentido, los cuatro libros analizados en este breve alcance historiográfico de la independencia en el Perú han abierto varios campos de análisis históricos sugerentes. En primer lugar, todos ellos inciden en las consecuencias de la crisis hispana de 1808 para la aceleración de las independencias latinoamericanas dejando con este argumento rotas las visiones conservadoras de la historia que veían en la independencia la consumación de causales netamente internas. En segundo término, estos trabajos debidamente vinculados permiten calibrar y darle el peso correspondiente a la esfera política, social y económica en la configuración del proceso de ruptura con España. En tercer lugar, estas investigaciones muestran las relaciones peculiares y contradictorias que los grupos de poder y las mismas clases populares asumieron en las coyunturas específicas de la emancipación. Además, de poner al descubierto los intereses particulares y las divergencias internas de los grupos como consecuencia de la trayectoria recorrida por las sociedades en tiempos de turbulencias sociales. Finalmente, estos textos sugieren un análisis de larga duración, a pesar que uno de ellos se circunscribe a un período corto, y que abarque un área territorial más amplia para comprender así las variantes, relaciones y las semejanzas entre los diversos espacios regionales en donde los distintos grupos sociales convergen, disputan el poder y van creando una nueva configuración política que terminará en la instalación de la república a pesar de la endeble situación social y económica de esos años.

El Perú Borbónico

Precisamente, John Fisher, historiador económico que estudia el período borbónico y cómo este influye en los movimientos sociales y las estrategias políticas de los grupos de poder, ha desarrollado y criticado duramente en su último libro, de más de 30 años de intensa investigación (todo un experto en estos

asuntos), ciertos argumentos desacertados o mitos historiográficos de la historia económica de la independencia. En primer lugar, Fisher señala que puede entenderse a las reformas borbónicas como una compleja de red de cambios administrativos, fiscales, judiciales y militares que buscó como objetivo principal mejorar las defensas imperiales (p. 105). Sin embargo, en la actualidad, en apreciación de Fisher, se está cuestionando la idea de que estas reformas representaron un proceso cohesivo y de cambio racional que habría ocasionado un período de prosperidad que “permitió a España explotar nuevos recursos en América.” Por el contrario, la historiografía esta sustentando que fue “un proceso dubitativo, incierto e incompleto [...] que buscaron explotar antes que iniciar el crecimiento económico” (p. 64). De ahí, el argumento reiterativo de que América continuó siendo para España sobre todo una fuente de metales preciosos.

Esta idea lo ejemplifica muy bien el autor cuando afirma que entre las coyunturas de 1785-1796 y 1797-1820, el virreinato peruano siguió constituido en un mercado favorable para las exportaciones españolas, fundamentalmente, por la fortaleza de su economía basada en la plata, el manejo firme contra el contrabando y el ingreso a sus puertos de naves neutrales. A partir de esta constatación, es como Fisher refuta la tesis de que con la implantación del comercio libre en 1778 se “destruyó la importancia comercial del Callao como destino, y la de Lima como centro distribuidor” (pp. 120-121). Esto no niega que el poder económico limeño disminuyera frente al incremento sustancial de otras regiones como el Río de la Plata. Pero esa disminución no significó quiebra económica ni mucho menos desplazamiento de la supremacía colonial.

Por su parte, el incremento de la producción minera y la recaudación fiscal demuestran otra vez un aumento sostenido de los ingresos económicos en el virreinato peruano (pp. 130-137). Así, los resultados de estos cambios fueron diversos. Por ejemplo, la compleja red de reformas tuvo efectos

distintos en la comunidad mercantil, porque mientras para algunos ocasionó su estancamiento y decadencia, para otros, permitió una sostenida prosperidad económica. Todo ello dependía de la ubicación socio-económica en que se encontraron y el contexto de transformaciones específicas que vivieron (p.126). En conclusión, para Fisher, estas evidencias de la economía colonial, permiten afirmar que no es posible seguir creyendo “el mito historiográfico de que el virreinato fue la víctima económica sudamericana del programa borbónico de reforma imperial” (p. 137). Incluso, el comercio libre, la nueva forma de control económica y comercial de la corona sobre sus súbditos americanos, no hacía nada más que reglamentar algo que ya estaba presente en el comercio colonial (pp. 28-29).

Con estas evidencias, el autor sugiere determinados argumentos sobre las consecuencias que las reformas ocasionaron en la conformación social y el comportamiento político de los grupos sociales en el período borbónico. Así, es notoria la tesis de que la reorganización defensiva y militar del virreinato ante posibles ataques extranjeros terminó siendo empleada para mantener el orden interno (cap. 2). Esta constatación refleja la existencia de una doble lectura de las reformas borbónicas porque mientras las modificaciones económicas permitían la acumulación de metales preciosos para la metrópoli terminaban impulsando también los movimientos sociales en las colonias. Todo esto no hace más que probar el carácter cambiante, complejo e inestructurado de la política española a pesar de sus esfuerzos por la “modernización” de América. Sin embargo, los movimientos sociales incentivados por estos cambios, incluso la de Túpac Amaru en 1780 y la del Cuzco de 1814, no representaron en términos de sus objetivos sociales y económicos serias amenazas revolucionarias al *statu quo* (p. 183). Por el contrario, estas rebeliones, descontentos locales y regionales, adquirieron el significado adverso de lo que deseaban conseguir, es decir, en el imaginario de la época, fueron utilizados políticamente

por las autoridades coloniales para hacer ver la amenaza potencial que toda actividad revolucionaria podía ocasionar a los intereses y a la posición socio-económica privilegiada de los grupos criollos (pp. 195-196). Además, existió algo más rotundo que empujó a los grupos de poder a rechazar todo movimiento insurgente en el Perú: la repugnancia española y criolla por el triunfo de toda corriente separatista que pudiera ofrecer el acceso de los indios al poder económico y político del virreinato (p. 179).

En esas circunstancias, los grupos criollos, que deberían haber estado llamados a organizar las luchas por la independencia, ante el predominio político de los españoles y las excesivas cargas fiscales de la corona, adoptaron el fidelismo como una acción más segura que la propuesta de una férrea lucha revolucionaria (cap. 6). Entonces, estos movimientos fueron nada más que amenazas y no concreción de un movimiento radical, pues era obvio el carácter pragmático de los criollos que temían un desborde popular que afectara su posición de superioridad (seriamente debilitada por las reformas) en el ordenamiento social (pp. 148, 191). Asimismo, era algo incuestionable la fragmentación social de los propios grupos indígenas y la enemistad de estos con los negros, castas y mestizos.

Por ello, un movimiento que aglutinara a todos estos grupos sociales y asumiera un programa de corte revolucionario estuvo más en los sueños e ideales que en realidad concreta (p.167). No obstante, de estas premisas que relacionan los intereses económicos con la preeminencia social y el poder político, se puede insinuar, en ideas de Fisher, una hipótesis ciertamente coherente: que antes de la llegada de San Martín al Perú, los movimientos a favor de la “insurgencia y el protonacionalismo se manifestaron en la sierra india, antes que en la aristocrática Lima” (p. 182). En resumidas cuentas, entre 1809-1815, la participación peruana en el proceso de independencia tuvo carácter regional (Cuzco, Arequipa y Huánuco), en contraposición y desafío al poder y predominio de Lima como centro de la dominación colonial en el Perú

Metáfora y realidad

Este argumento sugerente de Fisher ha sido indicado con cierta advertencia y alguna precaución por Heraclio Bonilla. Este último, sesudo investigador y crítico feroz de los mitos historiográficos de la historia tradicional, parte de la premisa que los historiadores después de estar fascinados durante décadas por el estudio de los grandes hombres en la historia y su participación militar en las mismas, han virado su atención sobre las reflexiones sociales y políticas relacionadas a los intereses económicos que éstos y los grupos populares sostuvieron durante la crisis hispana y el último tramo de la independencia política. Así, en la intención de evaluar y explicar la historia de ese proceso y las diversas tendencias, avances, atrasos y desarrollos de la historiografía, Bonilla ha reunido en este libro un conjunto de sugerentes trabajos que buscan repensar la independencia desde un ángulo que incide en advertir el comportamiento de las clases populares a partir del análisis de las condiciones económicas y los intereses políticos de los grupos de poder en tiempos de turbulencias sociales.



En ese sentido, textos como: “Clases populares y Estado en el contexto de la crisis colonial”, “Bolívar y las guerrillas indígenas en el Perú”, “La oposición de los campesinos indios a la República: Iquicha, 1827” y el sugerente ensayo “Rey o República: el dilema de los indios frente a la independencia”, no hacen más que demostrar la constante preocupación del autor por la praxis política y la participación social del pueblo en la independencia. Recordemos, que Bonilla al

igual de Fisher, ha venido desarrollado estos temas por más de tres décadas, insistiendo en que las clases populares en su conjunto no apoyaron decisivamente la ruptura con España. Por lo tanto, el hilo conductor de todo el texto está circunscrito, principalmente, a evaluar la trayectoria del comportamiento político, social y militar de las clases populares en dicho proceso.

Así, Bonilla con la utilización de ciertos volúmenes de la propia *Colección Documental de la Independencia del Perú*, los denominados “ladrillos blancos”, intenta probar los débiles argumentos de la historiografía nacionalista en torno a la participación de los sectores populares. Para el autor, el análisis de la rebelión de Túpac Amaru II en 1780, del movimiento social en Huánuco en 1812 y de los disidentes del Cuzco en 1814, muestran la débil coalición social entre las masas indígenas y criollas, pues, los líderes de estos movimientos sociales no habían logrado unir en una sola propuesta los diversos intereses contradictorios de todos estos grupos en el momento de la independencia. Además, se percibe como una terrible dificultad social el claro componente regional y localizado de las revueltas sociales (cap. 3 y 6). En pocas palabras, eran más una lucha por la autonomía regional que por la independencia de España. Al respecto, las investigaciones de Waldemar Espinoza, Scarlett O’Phelan, Alberto Flores Galindo, Christine Hunefeldt, Núria Sala I Vila, Susana Aldana y otros, han argumentado hasta el cansancio esa grave barrera étnica y social que los diversos grupos populares tuvieron que enfrentar en el desenlace de las guerras de independencia.

Por aquella realidad, señala Bonilla, el estudio de las clases populares ha mantenido esa dicotomía y esas dificultades, ¿apoyaron o no la independencia?, ¿fueron patriotas o realistas?, a pesar que con esas interrogantes no se ha podido avanzar seriamente en la comprensión del desarrollo político y social de indios, negros y castas en la guerra separatista (cap. 2 y 4). En apreciación del autor, no era solamente importante presentar una serie de documentos y “probar” esa participación

popular, era preciso y necesario trabajar con ideas, indagar sistemáticamente y con nuevas interrogantes esos volúmenes de la *Colección Documental*, y conseguir nuevas fuentes en los diversos archivos históricos (pp. 75-77). Solamente el descubrimiento, la nueva lectura de los documentos, las nuevas interrogantes planteadas y un sofisticado marco teórico y metodológico, permitirán un análisis más real y satisfactorio de la participación popular en este proceso (p. 151).

Otro argumento importante que subyace en la investigación está referido a la propuesta de indagar sistemáticamente la participación popular, el de los grupos criollos y la férrea lucha militar que las autoridades coloniales apoyados por la elite, llevaron a cabo para sofocar estos movimientos, en una perspectiva que priorice el análisis de los espacios regionales en íntima relación con las demás áreas coloniales y los intrincados sucesos de la península (pp. 77-78). En esta temática, Bonilla ha estudiado el complejo pero estimulante caso de los indios de Iquicha (cap. 5). La oposición de estos últimos a la República en 1827, fue una experiencia que los llevó a su alianza con los españoles. Sin embargo, los intereses y reivindicaciones de los dos grupos eran diferentes. Los indígenas buscaban la eliminación del viejo tributo colonial (paradójicamente, en 1827), la autonomía de sus autoridades locales, el rechazo a los atropellos del ejército patriota y la firme defensa de la religión católica. Por su parte, los blancos aspiraban el restablecimiento del orden colonial y del imperio de Fernando VII, para recuperar sus privilegios perdidos. Aquellos intereses contrapuestos, percibidos también en las rebeliones sociales de fines del período colonial, llevarían al fracaso del levantamiento. Tiene que entenderse que la oposición de los iquichanos al nuevo Estado republicano puede ser el resultado perdurable de la herencia colonial, ejemplificadas en las fisuras sociales, raciales y económicas que las sociedades indias mantuvieron entre ellas y con los otros grupos sociales (p.149). Este caso se asemeja a los estudios de la participación popular de

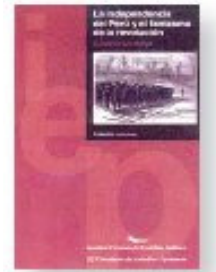
“colombianos”, “bolivianos” y ecuatorianos”, que el autor señala, brevemente, como una manera didáctica de explicar que las características de la realidad peruana no eran propias, sino que era compartida en los países andinos (pp. 134, 151-152). Esta constatación, ayuda a tener un panorama más global y vinculante de las guerras de independencia en América Latina.

Sin embargo, ¿el comportamiento de estos grupos populares era únicamente por un interés político y social, local o regional? Heraclio Bonilla considera que detrás de esa preeminencia subyacen los intereses económicos que el pueblo y los grupos de poder podían ganar o perder en una coyuntura revolucionaria. Era claro que el triunfo de una revolución popular afectaría terriblemente los privilegios y la supremacía política y económica de la elite (p. 130). Pero era también cierto que dentro de las mismas clases populares los “intereses comerciales” y la “tradicional segmentación étnica” jugaban en contra de una “eficiente fusión interna de la población india” (p. 80). Esas disparidades se volverían a presentar en la participación que cumplieron las guerrillas indígenas desde la declaración simbólica de independencia por San Martín y los triunfos definitivos de las fuerzas de liberación en Junín y Ayacucho en 1824 (pp. 117-120). Se percibe que lejos de desear fervientemente la independencia o rechazarla, los grupos populares asumieron funciones en la guerra de acuerdo a sus intereses o al menos en defensa de su propia existencia como sector social. Además, era obvia la presencia indígena en el conflicto tanto en las filas patriotas como realistas. Esto no hace más que mostrar los complicados comportamientos de estas clases bajas en un contexto en donde su adhesión estuvo supeditada al uso de mecanismos coactivos de reclutamiento, del engaño y la concesión coyuntural de ciertas exenciones (pp. 122-124). Incluso, los líderes de las guerrillas no tuvieron una sola posición monolítica frente a la independencia, sino que esta se modificó de acuerdo a los acontecimientos militares y políticos y al propio temor causado en las instancias de

poder, por el ímpetu desenfrenado y peligroso de las fuerzas indias en la guerra. Este argumento explica porque los sectores indígenas no formaron elementos efectivos de los ejércitos formales desempeñándose únicamente en funciones específicas de respaldo, acoso, vigilancia o espionaje (pp. 123, 129-131).

Estas evidencias advierten que la tesis del autor de que la independencia criolla no supuso libertad económica, inclusión política ni mucho menos acceso social en igualdad de condiciones de las clases populares, es una realidad totalmente incuestionable. Por ello, Bonilla sugiere que durante la independencia y los inicios de la república debiéramos constatar más continuidades que cambios efectivos (p. 173). Y, en ese punto, la posición económica y la autoridad política eran, precisamente, lo que marcaba la diferencia real entre los grupos de poder y los sectores marginales. Entonces, la trayectoria de los movimientos sociales en la independencia debe entenderse en tres coyunturas específicas en donde los grupos de poder establecieron conexiones, alianzas, conflictos y divergencias tanto económicas, políticas como sociales con los sectores populares (cap. 3, 4 y 6). El análisis sistemático de estas coyunturas,- que van desde las grandes *rebeliones anticoloniales* del sur andino de 1780-81, pasando por los *levantamientos regionales o locales* desarrollados en esta misma zona entre 1812-15, y llegando, finalmente, a las revueltas desatadas entre 1821-27, en donde la preeminencia de los intereses criollos era absoluta y la visión de conjunto de las guerras de independencia consiguieron instalar definitivamente a la república como nueva forma de autoridad y legitimidad política-, arrojarían nuevas explicaciones realmente sugerentes del papel y el significado de los grupos sociales en la independencia.

El fantasma de la revolución



Ciertamente, Gustavo Montoya, en su primer trabajo de envergadura, ha querido reflexionar críticamente esta última coyuntura del proceso de la emancipación. Parte de la constatación de que la historiografía se ha dedicado más al carácter ensayístico e ideologizado de sus estudios que a mostrar una investigación sostenida en un fondo documental consistente (p. 99). En ese sentido, al autor se circunscribe al estudio vinculante de la participación de las clases populares y la clase dirigente peruana desde el régimen protectoral hasta la llegada de Bolívar en 1823. Esa relación en el análisis de la clase dominante y el pueblo permite advertir el trasfondo de intereses y temores que estos grupos tuvieron en el desenlace de sus propios destinos (p. 17).

Desde la perspectiva de la historia política que analiza la cultura política de los grupos sociales involucrados en los acontecimientos históricos, Montoya ha señalado la provocativa tesis “de que el sector indígena se encontró con el conflicto” (pp. 32-33). Este argumento puede dar a entender el “carácter pasivo del pueblo” al señalar un encuentro antes que una búsqueda, pero esto no fue, precisamente, el propósito del autor. Por el contrario, esta idea le permite sugerir que las clases populares si bien fueron empujados a las guerras de independencia, esa misma presión e inclusión pudo ofrecerles beneficios y una inesperada participación política que, a la vez que lograba la supervivencia como grupo social, podía servir a los intereses de los patriotas para develar todo foco de reacción realista en Lima.

En esa tendencia de análisis Gustavo Montoya a estudiado detenidamente la

participación activa que tuvieron los “cuerpos cívicos”,- integrados por pequeños propietarios, comerciantes, menestrales, castas, pardos y esclavos -, en los acontecimientos sucedidos en el gobierno protectoral (cap. 3). Controlar el orden público y contrarrestar la oposición civil realista que amenazaba el régimen de San Martín resultaron los objetivos primordiales de los cuerpos cívicos. Estos fueron creados por Monteagudo y controlados por el ejército libertador para evitar cualquier intento de contrarrevolución de los realistas o un funesto movimiento de revolución social de estos mismos cívicos al verse con el poder de las armas (p. 126). Así, los cuerpos cívicos fueron la expresión política más acabada de las clases populares en la independencia. Monteagudo creó a estas milicias urbanas incentivando un estado de ánimo revolucionario, extinguiendo a los godos enemigos de la libertad y tomando hacia las fuerzas patriotas y el gobierno todas las lealtades posibles y destruyendo todo signo de insubordinación (pp. 118-122). Al ser destituido Monteagudo y haber decretado San Martín la instalación del Congreso Constituyente en 1822, se produjo la fragmentación y redistribución de los cívicos entre las fuerzas patriotas (p. 127). Con este estudio Montoya quiere demostrar que hubo segmentos populares en Lima como los negros que fueron politizados y pudieron en las medidas de sus posibilidades obtener ciertos privilegios al negociar su participación política en las guerras de independencia (p. 145).

Como es obvio estas ideas están íntimamente relacionadas a los intereses económicos del protectorado para sobrellevar los costos del conflicto y dejar en una ubicación degradante y sin poder efectivo a los españoles pudientes de Lima. Estas intenciones de los patriotas y las respuestas que dieron los grupos de poder coloniales pueden ayudarnos a entender la otra parte de la historia de la independencia. Así, *la defensa del virreinato* no llevó implícito solamente un comportamiento político, además formó parte de la pérdida del poder económico de la aristocracia. Por ello, Montoya busca presentar los conflictos

políticos y la mutua oposición entre los diversos grupos sociales de la clase dominante colonial ante el arribo de San Martín, sus estrategias y fórmulas políticas pro-realistas que, al final, se inclinaron a una transición pacífica con el nuevo gobierno evitando perder sus bienes, posición y prerrogativas en forma irreversible (cap. 2).

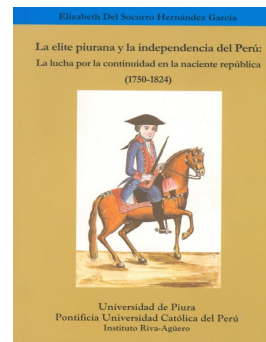
Este argumento de transición pacífica se hace explícito cuando el virrey después de abandonar Lima en 1821, para dirigirse a la sierra y poner allí su asentamiento de la contrarrevolución, la propia autoridad municipal encargada de la capital solicita el ingreso de San Martín y el ejército libertador sin ninguna lucha armada con la intención de impedir que una revuelta social de la plebe acabara por despojar de todos sus riquezas y privilegios a la clase propietaria de Lima (pp. 101-102). Si bien este hecho demuestra la intención de San Martín por establecer la independencia a partir de las propias iniciativas de los peruanos, las acciones y prácticas que sucedieron después con la política antiespañola de su ministro Monteagudo fueron totalmente diferentes. “Inflamar el odio contra los españoles” fue el principal propósito de Monteagudo, su política de secuestros de bienes y la expulsión de los españoles del Perú le sirvieron para ser calificado como “el jacobino de América” (pp. 113, 129). En estos propósitos fueron importantes las milicias urbanas creadas precisamente por el ministro para controlar a los españoles realistas enemigos de la revolución (pp. 137-145).

Este manejo político del protectorado se vio favorecido por las complicadas relaciones que mantuvieron las clases políticas peruanas en esa coyuntura de la independencia. En apreciación de Montoya en la defensa de Lima concurren la mayor parte de los miembros de la clase dominante, pero esa participación estuvo mediatizada, principalmente, por proteger sus intereses de grupo, porque sabían muy bien que dependía de sus decisiones el desenlace del conflicto. Así, utilizaron muchas maniobras y estrategias políticas que terminaron en fracasos porque era casi imposible uniformar intereses

contrapuestos y seguir enmascarando la dominación social que habían mantenido sobre la plebe urbana, los siervos indígenas y los esclavos (pp. 73-74). En esas circunstancias se produce la ruptura y desintegración de la clase dominante. Por un lado, estuvieron los miembros del Estado virreinal y el ejército realista, por el otro, los intereses de la aristocracia terrateniente limeña agrupada en la municipalidad de Lima y los grandes comerciantes vinculados al tráfico ultramarino organizados en el Tribunal del Consulado. Y, finalmente, un grupo intermedio que defendía los intereses del Estado colonial español y sus beneficiarios de América (pp. 82, 96).

Con estas evidencias era incuestionable seguir afirmando que frente a la independencia, los grupos dominantes de Lima habrían cerrado filas para sostener la defensa del virreinato (pp. 82-83). En ese sentido, Montoya ha demostrado las diversas tendencias e intereses políticos y económicos divergentes y heterogéneos de estos grupos. Incluso, el autor sugiere la existencia de una real voluntad política de un sector significativo de la aristocracia terrateniente a favor de la independencia y del proyecto constitucional propuesto por San Martín, pero que nunca logró prosperar, precisamente, por esas enormes e irreconciliables fisuras e intereses que presentaron los grupos de poder en la etapa final de las luchas de independencia (pp. 81-83). Porque no era solamente un proyecto imaginado la solución a los problemas, se necesitaba del poder de las armas y una base material económica e ideológica lo suficientemente fuerte y cohesionada como para producir un movimiento social de tipo revolucionario que beneficiara a la mayor parte de la sociedad. Definitivamente, lo que sí advierte claramente Montoya es que las elites coloniales fueron las grandes derrotadas del proceso de emancipación (pp. 58-62).

Entre la continuidad y el cambio



Esta última idea de Gustavo Montoya debe reevaluarse a la luz de nuevas indagaciones que incidan en la participación política, social y económica de los grupos sociales en los espacios regionales. En ese sentido, la propuesta argumentativa y sólidamente documentada de Elizabeth Hernández García, sobre la participación de la elite piurana en el proceso de independencia, no admite duda de la riqueza de estas investigaciones regionales relacionadas al espacio virreinal peruano. Hernández parte de la tesis de que la historiografía de la independencia ha soslayado el análisis de las historias regionales y la vinculación que en estos espacios mantuvieron los grupos sociales ante los vaivenes políticos que significó los movimientos insurgentes en el Perú (p. 18). Así, señala que únicamente los estudios que relacionen a los grupos sociales, que permitan conocer sus identidades y que abarquen incluso la exploración de los intereses comunes o contradictorios que estos poseen permitirá una comprensión más real de su participación y el comportamiento que asumieron en la independencia (p. 42).

En esa perspectiva, la autora examina la trayectoria de la elite piurana en ese proceso sin dejar de mencionar la presencia de las clases populares. Los grupos prominentes de Piura basaron su poder en la zona estratégica de su territorio, el progreso económico local, las conexiones con otras regiones coloniales propicias para el comercio, la posesión de haciendas, el gobierno político de la región y su identificación como “vecinos nobles de la

ciudad” en abierta diferenciación con el pueblo incivilizado y salvaje (cap. 1). Precisamente, esta distinción significó el carácter medular de la superioridad de la elite y, al mismo tiempo, el recelo y el temor constante que sentían por indios y negros como posibles focos potenciales de movimientos revolucionarios. Esto llevó a que los grupos de poder buscaran el control y la subordinación de la plebe y prodigaran asimismo su íntima fidelidad a la corona española (pp. 43-45).

Como afirmamos la elite piurana mostró su poder económico a través de la adquisición de haciendas y la participación activa en el comercio, situación que conllevó a posicionarse del gobierno político de la región. Sin embargo, esta misma elite comprendió que eso no era suficiente para destacar e influir en las esferas políticas del poder colonial en América. Por ello, precisaron la educación superior de sus hijos en las principales instituciones educativas de Lima y de otras ciudades con el objetivo de acceder a puestos políticos superiores en la capital del virreinato (cap. 4). A lo largo del período colonial la elite de Piura evidenció diversos mecanismos de supervivencia que le permitió mantenerse en la posición de privilegio en que se encontraba (cap. 3). Esos elementos,- como la división social y económica de superioridad de los nobles sobre la plebe, la movilidad social principalmente por factores económicos, el título de nobleza a pesar de ser considerados una “nobleza no titulada”, la ascendencia española y la limpieza de sangre, las relaciones de parentesco a través de matrimonios concertados exclusivamente con españoles, la formación superior de sus descendientes y la adjudicación de cargos burocráticos -, supusieron la reafirmación de su poder regional y la fuerte decisión, hasta el último momento de la proclamación de la independencia en Piura, de su tendencia política en clara defensa de sus intereses particulares como grupo social antes que un fervor patriota o un fidelismo declarado (pp. 109-131).

Este comportamiento de la elite piurana puede apreciarse en dos coyunturas

específicas de la independencia. Durante la experiencia de la crisis hispana y las Cortes de Cádiz, la elite de Piura logró adquirir un protagonismo político sobresaliente asignándose el control absoluto del Cabildo como el medio y espacio de perpetuación del poder regional (p. 185). Es sintomático que esta institución estuviera en poder de pocas familias, esto permitió que en medio de la crisis peninsular el grupo prominente de Piura se convirtiera en el baluarte del gobierno monárquico y profesará la adhesión a la causa de Fernando VII y el mantenimiento del *statu quo* (pp. 193-197). Los notables estuvieron en una posición política dinámica y dominaron las elecciones para diputados a Cortes, los ayuntamientos y los cabildos constitucionales, estableciendo la continuidad de su poder tradicional en medio de la “política moderna.” Así, en la composición del Cabildo “eran otros nombres pero los mismos apellidos” (pp. 226-233). No obstante, esto no significó que la elite fuera un grupo homogéneo sin discrepancias e intereses políticos y económicos. En esa coyuntura se produce el conflicto de dos facciones por el poder: unos, defendiendo los intereses de la elite tradicional y, los otros, recién llegados y buscando posicionarse de un espacio de participación política efectiva. Estos últimos incluso se atrevieron a utilizar a la plebe como un mecanismo disuasivo para que la otra parte aceptara ceder una proporción de su poder (pp. 249-250). A pesar de estos conflictos la elite de Piura mantuvo su lealtad a la corona siempre y cuando esto suponía la seguridad de sus bienes y el reconocimiento de su poder regional (pp. 260-268).

Estas conductas autónomas plagadas de intereses políticos calculados de acuerdo a los cambios coyunturales se verán con mayor claridad en el período del desenlace de la independencia. La elite de Piura ante la amenaza de una revolución social de la plebe, el asedio de Lord Cochrane sobre el estratégico puerto de Paita y el inminente avance de los patriotas, siguió apostando a la seguridad de sus intereses primordiales vinculados al poder español (pp. 271-286). En ese sentido, la proclamación de la independencia en Piura en

enero de 1821 debe entenderse como una adhesión coyuntural e interesada de la elite que se vio presionada por la fuerza militar y política de Torre Tagle que ya había establecido la independencia en Trujillo (p.303). Incluso, durante los años de la consolidación de la independencia (1821-1824), la elite piurana volvió a demostrar la preponderancia de sus intereses regionales antes que la defensa del nuevo orden. Así, la lucha por el ideal libertario fue una necesidad de subsistencia y el mantenimiento del espacio de poder que esta elite poseía (pp. 352-353). Entonces, esta tesis de la férrea defensa del poder regional y autónomo arrogada por la elite piurana en todo el proceso de la independencia apostando por la continuidad se ejemplificó estupendamente bien en la trayectoria política, social y económica de Francisco Javier Fernández de Paredes y Noriega, el último marqués de Salinas (pp. 355-375).

Por lo tanto, Elizabeth Hernández García a través de este estudio de la elite piurana ha demostrado en muchos sentidos la existencia de esa conflictividad de intereses autónomos dentro de los grupos de poder regionales que no deben ser soslayados al momento de indagar el papel de estos grupos, relacionados también a los sectores populares, en la configuración del proceso de la independencia peruana.

Atando nudos e interpretando una historia integral de la independencia

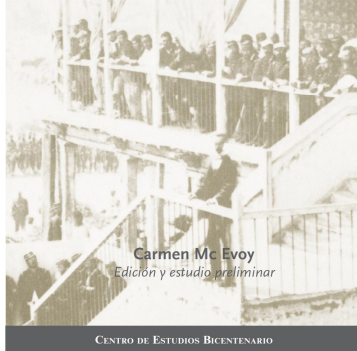
De estos cuatro estudios queda claro que la historiografía peruana de la independencia se ha preocupado por el análisis vinculante de la participación política de los grupos de poder y los sectores populares. Además, de la importancia de la esfera económica en los comportamientos e intereses de los grupos sociales. Igualmente, se ha sugerido investigaciones que relacionen el centro de poder colonial con sus espacios regionales. Porque únicamente a través de esa nueva lectura se podría hablar de una historia integral del proceso de la independencia en el Perú. Incluso, estos argumentos necesitarían

precisar coyunturas de análisis, áreas de estudio y la incidencia global de la historia de las guerras de independencia para entender una actuación política determinada.

En ese sentido, señalar que la participación peruana en la independencia hasta 1814 fue regional no debe sorprendernos, sino advertirnos del gran poder de esos espacios en la estructura del sistema colonial. Asimismo, de las distintas percepciones e intereses de estos “grupos periféricos” con respecto a la preeminencia de la elite limeña. La actuación de las mismas clases populares debe verse como un mecanismo de supervivencia y defensa de los intereses propios de su grupo social en un proceso incierto en donde ni la misma elite, detentadora del poder, asumía una conducta política totalmente declarada salvo la continuidad de su preeminencia e intereses particulares. Entonces, las investigaciones de la composición social relacionadas a la esfera política y la situación económica de los grupos sociales a nivel regional, nacional y dentro del proceso de las revoluciones hispánicas deben ser, en estos momentos de las celebraciones de los bicentenarios, una preocupación primordial de la historiografía en su conjunto. Solamente la comprensión de estas realidades como parte de un todo orgánico y diverso a la vez, podría ayudarnos a entendernos a nosotros mismos, a nuestras sociedades latinoamericanas y las connotaciones que estas efemérides nacionales han adquirido hasta la actualidad. No se trata de exorcizar el pasado buscando culpables y focos de críticas inhumanas, sino de comprenderlo en su tiempo y vicisitudes, para sugerir salidas que permitan atar nudos sueltos e intereses contrapuestos afirmando una historia integral en donde todos los peruanos estemos presente sin signos de exclusión ni aires de superioridad de unos contra otros. Pero esto es, como la independencia, todo un proceso que se espera construir a pesar de las dificultades en el camino. A todo ello debería apuntar los estudios históricos que se emprendan en adelante, no por simple motivación académica sino por una necesidad social inevitable.

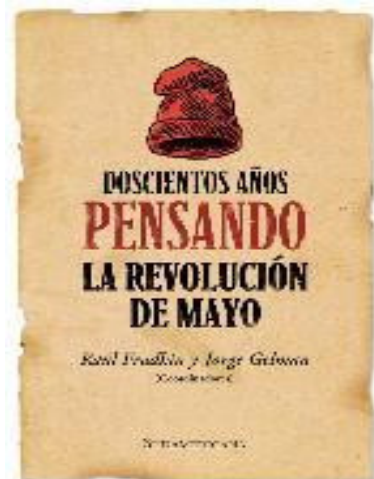
NOVEDADES

ARMAS DE PERSUASIÓN MASIVA RETÓRICA Y RITUAL EN LA GUERRA DEL PACÍFICO



Carmen Mc Evoy (Edición y estudio preliminar), **ARMAS DE PERSUASIÓN MASIVA. RETÓRICA Y RITUAL EN LA GUERRA DEL PACÍFICO**, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bicentenario, 2010.

“Las sociedades son la suma de sus historias de guerra. Por tratarse de un evento que modela como ningún otro las identidades culturales, la guerra requiere de una retórica integradora que, además de producir una imagen victoriosa e incluso un destino manifiesto, sea capaz de perfilar los rasgos esenciales del enemigo. El análisis del discurso nacionalista que emerge en Chile a partir de la Guerra del Pacífico y la función que en su diseño conceptual cumplieron los hombres de palabras es el tema central de este trabajo. Los encuentros entre guerra y memoria se han convertido en materia de una renovada reflexión historiográfica. Trabajos recientes muestran cómo la exacerbación de la memoria y la experiencia de la guerra son fenómenos inseparables. Así, guerra, memoria e historia conforman una trilogía que evoca relaciones tendientes a construir identidades colectivas.”



Raúl Fradkin y Jorge Gelman (coordinadores), **DOSCIENTOS AÑOS PENSANDO LA REVOLUCIÓN DE MAYO**, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2010, 471p.

La Revolución de Mayo de 1810 ha sido consagrada como el hecho fundante de la nación argentina. A su estudio se dedicaron numerosas personas y miles de páginas, desde los propios contemporáneos a los hechos hasta historiadores del presente. Recorrer esos textos implica asomarse al desarrollo de un proceso que cambió el curso de nuestra historia, pero también a las múltiples maneras en que ese proceso fue pensado por sucesivas generaciones desde perspectivas muy distintas. De esta manera, la Revolución de Mayo no fue sólo lo que sucedió sino lo que diversas camadas de intelectuales hicieron con lo que pensaban que había sucedido. El objetivo de este libro, por lo tanto, no es contar "la historia" de aquel acontecimiento trascendental, sino justamente intentar dar cuenta de ese largo trayecto interpretativo, aportando por un lado un análisis acerca de quiénes fueron los principales autores y sus diagnósticos, pero también "y sobre todo" poniendo a disposición del lector una amplia selección de fragmentos de las obras que consideramos representativas de esas opiniones, para que tenga a mano una parte de los originales sobre los que trabajamos. La Revolución de Mayo de 1810, consagrada como el hecho fundante de la Nación Argentina.



Marco Palacios (Coordinador), *LAS INDEPENDENCIAS HISPANOAMERICANAS. INTERPRETACIONES 200 AÑOS DESPUÉS*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2009, 414p.

Los trece ensayos que componen este libro ofrecen un amplio panorama de cómo ocurrieron los procesos de independencia de España en América Latina en el siglo XIX y de los primeros pasos que se dieron para la conformación de naciones libres y autónomas.

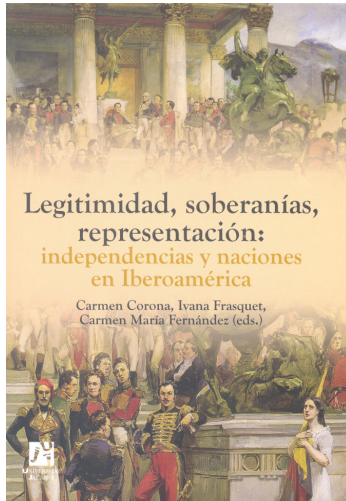
Los estudios aquí reunidos ¿escritos por especialistas en la materia de cada país? invitan a comprender en toda su complejidad los hechos y cambios que tuvieron lugar en los territorios que hoy conforman México, Guatemala, Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador, Paraguay, Chile, Argentina, Cuba y Puerto Rico, para ver con claridad las semejanzas y diferencias de origen, trayectoria y resultados políticos de cada caso.

Estas interpretaciones críticas formulan nuevas preguntas sobre el pasado que abren otras perspectivas para explicar el presente de América Latina, cuando empieza a celebrarse el bicentenario de la independencia a lo largo del continente.



Beatriz Bragoni, *SAN MARTÍN. DE SOLDADO DEL REY A HÉROE DE LA NACIÓN*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2010, 208p.

¿Cómo se transformó San Martín de oficial de los ejércitos españoles en jefe de los ejércitos americanos contra la dominación realista? ¿Cómo se forjó el proyecto libertador más poderoso de Sudamérica? ¿Por qué lo abandonó en el último trayecto y terminó su vida en Europa? ¿Cuál fue la operación intelectual que convirtió a San Martín en el héroe máximo del panteón argentino? Estas y otras preguntas han acompañado cada etapa en la que este libro fue pensado y escrito. Se trata de una narración que recupera un motivo clásico de nuestra historiografía pero que lo restituye a la luz de contribuciones recientes que han mejorado la comprensión del momento revolucionario, y del ciclo de guerras que trastornaron por completo los cimientos del poder imperial en América en el siglo XIX. En estas páginas el lector se enfrentará a un recorrido vital que permite capturar la potencia de la Revolución y de las guerras por ella disparadas no sólo en el desmoronamiento del orden social y político previo a su emergencia, sino también en la creación de identidades políticas que habría de refutar la utopía de hacer una Patria americana tal como la habían imaginado sus más decididos promotores.



Carmen Corona, Ivana Frasquet, Carmen María Fernández (eds.), *LEGITIMIDAD, SOBERANÍA, REPRESENTACIÓN: INDEPENDENCIAS Y NACIONES EN IBEROAMÉRICA*, Castelló de la Plana, Publicaciones de la Universitat Jaume I, 2009, 296p.

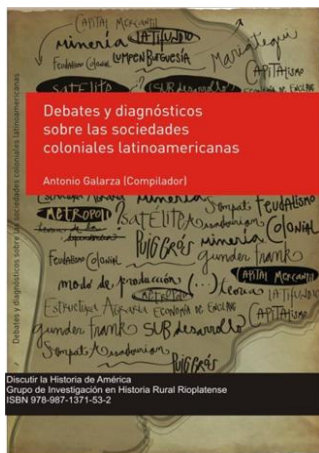
Las transformaciones producidas en el mundo iberoamericano durante el siglo XIX tuvieron un punto de inflexión clave en los procesos de independencia originados desde la crisis de la monarquía española en 1808. Los profundos cambios apreciables en las décadas finales del Setecientos respondieron a diferentes pulsos que afectaron a un crisol de realidades de índole política, social, económica, cultural y artística. Cambios que se dirimieron en el difícil y complejo mundo de la legitimidad, la representación y la soberanía, que lejos de ser estáticos, actuaron con un dinamismo sin precedentes.

Los valores de la legitimidad empezaron a tener una concepción diferente respecto a la establecida durante el Antiguo Régimen. Concepto histórico y cambiante al adaptarse a los nuevos tiempos, de ahí el recurso a una legitimidad desde 1808 que, sin dejar de lado al rey, introdujo su conjugación con el constitucionalismo doceañista, mientras que en América se optaba por valores republicanos. Todas estas legitimidades tuvieron también su representación política, simbólica y artística a lo largo del siglo XIX. Y, por supuesto, la lucha por la soberanía que se manifestó en diversas formas, desde la Nacional antagónica con la absolutista, hasta la federal beligerante con la centralista. Por todo ello la presente obra reúne un conjunto de trabajos que explican, desde las distintas legitimidades y la pluralidad de temáticas, las continuidades y rupturas que jalaron la centuria ochocentista, abordando conceptos de soberanía, nación y representación a lo largo del siglo.



John H. Elliott, *ESPAÑA Y SU MUNDO (1500-1700)*, España, Taurus, 2007.

Los ensayos reunidos en este volumen ilustran algunos temas y diversos problemas surgidos del interés del autor por la historia de Europa, especialmente del mundo hispánico, en los siglos XVI y XVII. En su calidad de complemento de los otros libros escritos por John Elliott, estos ensayos son indispensables para comprender la obra del gran hispanista británico. Mediante una breve introducción a cada una de las secciones en que está dividido este libro, el autor explica las circunstancias que le movieron a escribir cada ensayo y la forma en que se relacionan con uno u otro de sus libros. La primera parte, «El mundo americano», explora los vínculos entre España y sus posesiones americanas; la segunda, «El mundo europeo», va más allá de Castilla o de Cataluña para considerar la Europa de los siglos XVI y XVII en su conjunto. En la tercera parte, «El mundo de la corte», Elliott analiza el mundo cortesano de los Habsburgo españoles y la siempre difícil relación entre el mundo de la política y el de las letras. Finalmente, la cuarta parte está dedicada a la trascendental «cuestión de la decadencia» de España.



Antonio Galarza (Comp.), *DEBATES Y DIAGNÓSTICOS SOBRE LAS SOCIEDADES COLONIALES LATINOAMERICANAS*, Universidad Nacional de Mar de Plata, 2010.

Prólogo, por el GIHRR.

Estudios:

José Carlos Mariátegui: Las “taras” del coloniaje en el Perú, por **Silvana Ferreyra**.

La “tesis feudal”. Rodolfo Puiggrós en la historiografía a colonial, por **Roberto Tortorella**.

Del subdesarrollo a la determinación por el conjunto sistémico: El vagabundaje intelectual de André Gunder Frank, por **David Mayer**.

El oficio de Historiador: Carlos Sempat Assadourian y sus aportes al conocimiento sobre las economías coloniales latinoamericanas, por **Antonio Galarza y Leandro González**.



Manuel Chust e Ivana Frasquet, *LAS INDEPENDENCIAS EN AMÉRICA*, Madrid, La Catarata, 2009, 128p.

Desde el siglo XVIII y hasta la primera mitad del siglo XIX, los procesos revolucionarios europeos y americanos responden a la necesidad de encontrar y definir un mundo nuevo, pues junto al Antiguo Régimen caen valores sociales, culturales, ideológicos, etc., y se crean otros nuevos. Los procesos de independencia de Iberoamérica forman parte notable dentro de este tránsito en Occidente y han producido una gran cantidad de páginas a lo largo de estos dos últimos siglos.

En este volumen, sus autores, Manuel Chust e Ivana Frasquet, profesores de Historia Contemporánea de la Universidad Jaume I de Castellón, sintetizan la gran complejidad de estos procesos como parte del contexto mundial en el que sucedieron, evidencian las fases más importantes dentro de los procesos de ruptura y los analizan junto a los propios procesos de crisis de los gobiernos absolutistas europeos.



Juan Marchena y Manuel Chust (Eds.), *POR LA FUERZA DE LAS ARMAS. EJÉRCITO E INDEPENDENCIAS EN IBEROAMÉRICA*, Castelló de la Plana, Publicaciones de la Universitate Jaume I, 2008, 424p.

El proceso de las independencias en el universo iberoamericano durante el siglo de las luces, a pesar del desarrollo intelectual, se impuso por la fuerza de las armas. Quince especialistas internacionales aportan miradas sobre este importante asunto y constituyen un conjunto de trabajos para ofrecer un amplio panorama del fenómeno militar en las raíces de la Iberoamérica contemporánea, con tantas repercusiones hasta nuestros días.



Guillermo Céspedes de Castillo, *AMÉRICA HISPÁNICA (1492-1898)*, Madrid, Editorial Marcial Pons, 2009, 563p.

No son tantos los libros escritos por historiadores españoles que merezcan el título de «clásicos». Sin la menor duda, *América Hispánica, 1492-1898* (Barcelona, Labor, 1983) es uno de ellos. Marcial Pons Historia pone de nuevo al alcance del lector la gran síntesis de Guillermo Céspedes de Castillo, un americanista extraordinario, un historiador ancho y un consumado escritor. Desde los tiempos de los conquistadores hasta las últimas colonias, pasando por los Reinos de Indias, la emergencia del criollismo y las Provincias de Ultramar, este libro pasa revista con agilidad y maestría a los hechos que jalonaron cuatro siglos de historia en el Nuevo Mundo hispano. Pero no estamos sólo ante el que quizás sea el manual de historia de América colonial más diáfano, entretenido y mejor elaborado, sino también ante el más ambicioso e iluminador. Lejos de quedar atrapado en lo local y lo particular, su autor logra instalar los avatares sociales, económicos y políticos de la América colonial en el marco de la historia universal, haciendo gala de una perspectiva verdaderamente global y rindiendo tributo, al fin y al cabo, a lo que supuso uno de los hechos fundacionales de la modernidad a escala planetaria. Un libro, en suma, del que seguirán aprendiendo y disfrutando estudiantes, historiadores y lectores de toda condición.



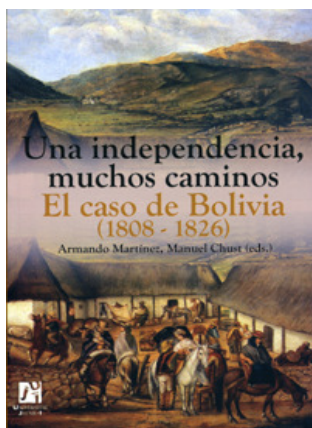
José Miguel Delgado Barrado, *QUIMERAS DE LA ILUSTRACIÓN (1701-1808). ESTUDIOS EN TORNO A PROYECTOS DE HACIENDA Y COMERCIO COLONIAL*, Castelló de la Plana, Publicaciones de la Universitate Jaume I, 2009, 423p.

Una serie de trabajos sobre reformas del siglo XVIII español relacionados con dos pilares del reformismo borbónico: la fiscalidad y el comercio colonial. Proyectos de personajes que creyeron en las propias ideas, sobre todo si alguno de ellos dedicó toda su vida a la profesión de "proyectista" en la Corte. Tanto si dichas ideas fueron asumidas y puestas en marcha por los ministros y los consejeros o no, no se trató de proyectos utópicos, en todo caso de ideas quiméricas.



Joao Paulo G. Pimenta, *BRASIL Y LAS INDEPENDENCIAS DE Hispanoamérica*, Castelló de la Plana, Publicaciones de la Universitate Jaume I, 2007, 150p.

Una serie de trabajos sobre reformas del siglo XVIII español relacionados con dos pilares del reformismo borbónico: la fiscalidad y el comercio colonial. Proyectos de personajes que creyeron en las propias ideas, sobre todo si alguno de ellos dedicó toda su vida a la profesión de "proyectista" en la Corte. Tanto si dichas ideas fueron asumidas y puestas en marcha por los ministros y los consejeros o no, no se trató de proyectos utópicos, en todo caso de ideas quiméricas.



Armando Martínez y Manuel Chust (eds.), *UNA INDEPENDENCIA, MUCHOS CAMINOS. EL CASO DE BOLIVIA (1808-1826)*, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2008, 244p.

La singularidad de esta obra-elaborada y coordinada por profesores de "ambos hemisferios" - radica en el análisis desde una perspectiva global del periodo 1808-1826, trascendental para la historia de Bolivia. Así, se estudian las consecuencias de esta etapa histórica en todas las repúblicas americanas y en la misma España. Además, explica la construcción de la nación y del estado boliviano desde forma diacrónica y espacial, la que intenta desmitificar la inevitabilidad de las independencias americanas y abarcar parámetros que se aproximan a la complejidad histórica del momento.



Marisa Muñoz y Patrice Vermeren (coordinadores), *REPENSANDO EL SIGLO XIX DESDE AMÉRICA LATINA Y FRANCIA. HOMENAJE AL FILÓSOFO ARTURO A. ROIG*, Colihue, Ediciones Colihue, 2009, 824p.

¿Repensar el siglo XIX desde América Latina y desde Francia? Una primera cuestión sería saber quién ha pensado el siglo XIX, durante y después de su época, y cómo. Pero ¿por qué es necesario repensarlo, y hacerlo hoy? ¿Supondría esto una actualidad del siglo XIX para el siglo XXI y, entonces, de qué actualidad se trataría? A un cierto desprecio por ese período le ha seguido hoy un cambio en la mirada. Nos interrogamos más bien por la desafección de la que han sido objeto sus obras, presentimos el enigma de las fuerzas ocultas que han agitado el siglo anterior al que nos precede, y que continúan ocultando una parte de la verdad de nuestro siglo. Repensar el siglo XIX no implica un ingenuo retorno a sus motivos. Puesto que se trata de repensar ese siglo desde dos lugares determinados: América Latina y Francia, y más aún, en la relación del uno con el otro. ¿Qué es lo que permite, desde esos dos lugares, considerar de otro modo esa época histórica? Una de las respuestas posibles sería la de que se trata de lugares en los que la revolución no acaba de terminarse. No se trataría para nuestro siglo XIX de un retorno arcaizante al modelo griego, o de buscar otros dioses y otras revelaciones de la naturaleza y del espíritu, sino de aceptar una larga serie de hijos ilegítimos que le ha dado la revolución, tanto en Francia como en Argentina. Repensar el siglo XIX es precisamente la tarea que se dio Arturo A. Roig, cuya destacada obra ilumina la influencia recíproca de la Argentina y de América Latina, de Francia y de Europa, reformulando sin cesar la pregunta, destinada a permanecer como tal, de la emancipación humana. Una obra ineludible para todos aquellos que quieren abordar, desde el lugar de una crítica de la razón política -interrogándose sobre los puntos ciegos del pensamiento occidental de lo político, sobre las relaciones de la filosofía y la política, y sobre las raíces de la dominación- los conceptos de nuestra modernidad, en esta hora de celebración del Bicentenario de la fundación de las repúblicas en América Latina.

RESEÑAS

REMENBRANZA ESPAÑOLA. LOS MECANISMOS DE LA CONQUISTA Y FRANCISCO PIZARRO.

Comentarios al libro de BERNARD LAVALLÉ, *FRANCISCO PIZARRO. BIOGRAFÍA DE UNA CONQUISTA*. Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos / Embajada de Francia en el Perú / Instituto Riva-Agüero, 2005, 264 págs. (Ira ed. en francés, 2004).



JOEL PINTO ESQUÍA
jpintoe.unsa@gmail.com
Universidad Nacional de San Agustín
(Arequipa, Perú).

El instituto francés de estudios andinos, con el apoyo del ministerio de asuntos exteriores de Francia- DGCID-División del libro y de las mediatecas y del servicio cultural y de cooperación de la embajada de Francia en el Perú, en el marco de su programa de ayuda a la publicación "Ventura García Calderón"; además, en coedición con el Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y el Instituto Riva Agüero (IRA), nos presentan la biografía in titulada: francisco Pizarro. Biografía de una conquista, de Bernard Lavalle (2005).

En el marco histórico del siglo XXI, donde la historia transita por los nuevos enfoques, tendencias, visiones, técnicas,

métodos y discursos; podemos decir que la historia de vida, cuestionada por estudiar solo personajes, épicas, guerras, o cualquier desenlace; la presente biografía, es una historia no exclusiva, sino concatenada de Francisco Pizarro. No es exclusiva, porque no solo se refiere a el personaje español en cuestión, sino ,más bien a toda la empresa conquistadora, etapas, desenlaces, crisis ,sobresaltos y por supuesto sus ambiciones políticas, cargadas de una fratricida guerra civil entre los conquistadores; y concatenada, porque el autor está utilizando con acierto los aportes de las nuevas vías de la investigación histórica, relacionándolas con la sociedad peruana incaica y los vaivenes de una empresa conquistadora que supo capitalizar los desordenes, crisis, divisiones y alianzas entre los propios naturales del imperio; Verbigracia, Los Huancas.

La temática en cuestión, se encuentra trabajado en 4 partes, todos hilvanados por ejes cronológicos y etapas de la empresa conquistadora, comandados por francisco Pizarro.

Por supuesto, que en la historia tradicional, conocemos a Diego de Almagro y Hernando de Luque (en ese orden), como los 3 conquistadores del Perú; pero en opinión de José Antonio del Busto, un prolijo historiador peruano , menciona a Gaspar de Espinoza ,como el que subvencionaba los gastos de la empresa, pues era un banquero que residía en Panamá, y se hizo representar en el clérigo Hernando de Luque, no sabemos a ciencia cierta porque, pero utilizamos la imaginación histórica, deduciendo que era para ocultar su poder económico, para pasar desapercibido o no levantar sospechas o celos entre los conquistadores. Por supuesto, que para realizar esta biografía, el autor no se fía de los cronistas, pues ello representaría un apasionamiento y sentar posición por determinado personaje, como es el caso de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, enquistados en una disputa por territorios entorno al Cuzco; sino, es una suerte de

interpretar con base y documentos de primera mano, que lo hacen más creíble y acertado en sus relatos.

Por supuesto, que tiene algunas discontinuidades, y no es por tener que improvisar, sino mas bien, por la certeza de los hechos, acaecidos y como tal, demostrados en las fuentes que todo historiador conoce. De seguro, la historia de Pizarro es una nueva forma de hacer historia insertado en la sociedad y no en el individualismo de un personaje, sino que está asociado a todo el andamiaje de la empresa con aciertos, desaciertos, emociones, pasiones, crisis, pugnas, sobresaltos, rebeliones y lo que determino el ocaso de la guerra civil entre los conquistadores.

El libro está dividido en 4 partes, cada parte este bien hilvanado y cohesionado con los hechos, desde que aparece Pizarro en la conquista del Perú y por supuesto, el desenlace infeliz de la guerra civil entre los conquistadores.

La 1era. Parte, está abocada a su infancia no del todo clara respecto a su año de nacimiento (se deduce que fue 1478), que era natural de Trujillo, hijo de un padre noble militar y de una madre criada; razón por la cual, no se le conoce algún estudio, solo que era un criador de chanchos y era analfabeto. Como es lógico en ese tiempo, se enroló en el ejército, como un simple soldado, pero demostrando proezas y esfuerzos en las campañas, con cierto aplomo, valentía y coraje.

Es por los años de 1502, que lo vemos inmerso en el 1er. Contacto Antillano (Santo Domingo), donde fue un soldado mas, para luego ser lugarteniente de algunos jefes militares españoles entre ellos Balboa (descubridor del Mar del Sur), y como todo tiene premio al esfuerzo y tenacidad, lo vemos dirigiendo sus primeras expediciones, pasando hambre, penurias y por supuesto, fue más su táctica guerrera, que supo caldear la situación en un momento de quiebre, para poder salir adelante.

La 2da. Parte, comienza con un hecho anecdótico e histórico, la alianza de los 3

socios en busca del descubrimiento y la conquista de Levante. Lo que el autor no muestra, es porque se sigue utilizando a los 3 conquistadores (Pizarro, Almagro y Luque), pues, el prolífico y acucioso historiador peruano José Antonio del Busto D., menciona que el 3er. Socio era el banquero que residía en Panamá, el licenciado Gaspar de Espinoza, y es desde luego, un personaje que aportó capital, pero no quería figurar en la empresa, pasando desapercibido, o quizás ,temiendo una emboscada de parte de algunos de los socios ¿cuánto de imaginación podemos utilizar?, pero lo cierto es que él fue el 3er. socio ,que utilizó a Hernando de Luque, que era un clérigo, con estudios, y por supuesto, alguien que ponía el orden y sabía mediar entre los dos españoles.

Lo que sí es obvio, es que Francisco Pizarro dirige la empresa conquistadora, y seguro estuvo plagado de tensiones, avaricia, pugnas, desconfianza, entre otros. Lo más anecdótico de la crisis alarmante, es que Pizarro se quedó con 13 españoles (lo que se denomina, los 13 de la isla del gallo), y es por su esfuerzo y tenacidad de Pizarro para continuar con la empresa y seguir bregando en pos del nuevo imperio de los Incas que hasta la fecha, solo se hablaba maravillas (oro y plata).

La 3ra. Parte, es donde se afronta la conquista del imperio de los Incas, pero con un dato a favor: Los aliados Huancas, que no querían aceptar la sumisión, y se mostraron reacios a aceptar a la hueste incaica, mostrando toda su ayuda a los europeos, ya sea en lo militar, logístico y alimentos. Otro factor determinante, fueron los traductores y espías, que supieron adentrarse y confabular a favor de los europeos. La excesiva confianza, el no conocimiento de las armas de fuego, los perros de guerra; hicieron meollo en la hueste de Atahualpa, que salieron despavoridos, sin poder explicarse, que es lo que pasaba en realidad, solo atinaron a cargar en su litera al Inca, pero fueron todos muertos, algunos se desbandaron, huyeron sin poder ofrecer resistencia, y más aún, dejaron regados sus

armas. Lo que no imaginaron es que los europeos contaron con otro aliado: el caballo. Aquí empezamos con la captura y prisión del inca Atahualpa, quien empezó a temer que se uniera con los españoles. Ofrece un rescate de 1 de oro y 2 de plata (hasta donde alcance su mano), recolectados de todos los puntos del imperio. Finalmente Atahualpa se decidió por la muerte de su hermano Huáscar, y para según él, liberado por los españoles afrontar más tranquilo, y poder expulsar a los mismos. Lo real es que, termino ejecutado, por traicionar la confianza, ser idólatra, tener varias mujeres, atentar contra la corona española.

Aquí entramos en una suerte de desenfreno total de parte de los vencedores, al violar a las esposas y demás concubinas del difunto Inca, a su libre albedrío y saqueo total. Además utilizaron a Túpac Huallpa como intermediario político, pero finalmente, es muerto por orden de Atahualpa. No olvidemos que los españoles fundaron ciudades como Piura, Jauja y Lima; después sirvieron como puntos estratégicos de dominación militar y política.

La 4ta. Parte, empieza con una serie de rivalidades no mostradas, pero si contenidas (apaciguadas), como denomina el autor: la carrera hacia el abismo. Porque es Manco Inca el nuevo elegido por los españoles, pero no tenía libertad y quedo desbaratadas las verdaderas intenciones de los europeos. Cómo es de esperarse, se rebela y toma Sacsayhuaman, siendo los españoles los que van en su búsqueda desenfrenada por recuperarla, donde finalmente toman la fortaleza, en base a muchas pérdidas incluido el de Juan Pizarro, que de un hondazo en la cabeza, muere sin poder capitalizar todavía la toma de la fortaleza.

Otro de los aspectos relevantes, es la posesión del Cuzco, ahora si van a crecer las tensiones entre los conquistadores, y más todavía cuando Almagro regresa de Chile, sin nada, con un ejército maltrecho y no encontrar ninguna riqueza, siendo un desierto casi no explorado por los Incas. Apresa a los

hermanos de Pizarro, acto seguido se reúnen en Mala, no se llega a un acuerdo, y se da la trágica batalla de las Salinas, producto de lo cual es decapitado Almagro, que años más tarde sería vengado por su hijo Almagro el Mozo. Además de haber mas rebeliones como el de la muerte del mismo hijo de Almagro y la posterior batalla entre Gonzalo Pizarro y el 1er. Virrey Blasco Núñez de Vela, en Iñaquito, y que después va a ser decapitado por Pedro de la Gasca.

Así ponemos fin al capítulo más emocionante de los conquistadores y, por supuesto, a una serie de enfrentamientos entre la corona y los Pizarro. Entonces, esta biografía también representa al mundo cotidiano español e incaico enfrascados en el impacto de 2 culturas, para posteriormente dar paso a la tranquilidad social, y de seguro, mientras se viva con la historia, mas es el afán de conocer y saber de nuestra verdadera historia!

**CALENDARIO DE ACTIVIDADES DEL PROGRAMA DE ESTUDIOS ANDINOS
ABRIL 2010**

Día: Martes 13 de Abril

Heraclio Bonilla (*Universidad Nacional de Colombia*)

Título: *Colombia en el Espejo de los Andes. El por qué de los contrastes*

Lugar: Sala Manuel Marzal, 3° Piso del Departamento de Ciencias Sociales PUCP.

Hora: 5:15 p.m.

Organiza: *Programa de Estudios Andinos PUCP*

ENTRADA LIBRE. Público no vinculado con la PUCP previa inscripción al mail: prgestudiosandinos@pucp.edu.pe hasta 1 día antes del evento.

Día: Jueves 15 de Abril

Juan Carlos Estenssoro (*Universidad de Lille III, Francia*)

Título: *Insignias de poder inca: conquista, legitimidad y narrativa histórica*

Lugar: Sala de Grados de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Hora: 5:15 p.m.

Organiza: *Programa de Estudios Andinos PUCP*

ENTRADA LIBRE. Público no vinculado con la PUCP previa inscripción al mail: prgestudiosandinos@pucp.edu.pe hasta 1 día antes del evento.

Día: Lunes 19 de Abril

Natalia Sobrevilla (*Universidad de Kent, Inglaterra*)

Título: *Las tempranas guerras de independencia y el mundo andino, 1809-1816*

Lugar: Sala de Grados de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Hora: 5:15 p.m.

Organiza: *Programa de Estudios Andinos PUCP*

ENTRADA LIBRE. Público no vinculado con la PUCP previa inscripción al mail: prgestudiosandinos@pucp.edu.pe hasta 1 día antes del evento.

Día: Jueves 22 de Abril. Conferencia Inaugural del semestre 2010-1.

Catherine Julien (*Western Michigan University*)

Título: *El Qhapaq Nan en las fuentes históricas*

Lugar: Sala de Grados de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Hora: 5:15 p.m.

Organiza: *Programa de Estudios Andinos PUCP*

ENTRADA LIBRE. Público no vinculado con la PUCP previa inscripción al mail: prgestudiosandinos@pucp.edu.pe hasta 1 día antes del evento.

Día: Jueves 29 de Abril

Alexandre Varella (*Universidad de Sao Paulo, Brasil*)

Título: *La dieta en el discurso del P. Bernabé Cobo: Apuntes sobre historia de la alimentación en el encuentro de culturas*

Lugar: Sala de Grados de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas

Hora: 5:15 p.m.

Organiza: *Programa de Estudios Andinos PUCP*

ENTRADA LIBRE. Público no vinculado con la PUCP previa inscripción al mail: prgestudiosandinos@pucp.edu.pe hasta 1 día antes del evento.

ENTREVISTA

Entrevista con François-Xavier Guerra "Considerar el periódico mismo como un actor"²

LUIS MIGUEL GLAVE
lmglave@hotmail.com
Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.

Sus estudios sobre los procesos de la independencia en México y la formación de la cultura política en ese país son ya clásicos de la historiografía americanista. A su lista de publicaciones suma una escuela de estudiosos y estudiosas que han sentado las bases de una historia comparativa en Hispanoamérica. Por estas y muchas más razones, escogimos a François-Xavier Guerra como nuestro interlocutor para reflexionar sobre el tema de la revista. La lectura de los ensayos que componen este número se enriquecerá con esta motivadora conversación con quien ha orientado muchos de estos nuevos estudios. Pero no sólo eso, también, esta charla y los temas que desde aquí se proyectan en los trabajos que publicamos, abrirán nuevas pistas de investigación y ayudará a encontrar los nexos que fluyen de un tipo de trabajo que se impone fértil en múltiples espacios académicos. (LMG)

1.-En la promoción de la importancia de la prensa periódica como fuente para renovar el conocimiento de los procesos de cultura política en nuestros países, encontramos algunas objeciones que son de sentido común. Si la población era mayoritariamente indígena en los Andes, y analfabeta en general, ¿qué importancia puede tener estudiar lo que se publicaba para cenáculos o extremas minorías

lectoras? ¿no es eso un espejismo o una abierta tergiversación que nos lleva a ver un proceso vivido sólo por élites? Las élites además eran las dominantes, los herederos de la colonia, los que formaron un sistema excluyente y de espaldas al mundo rural indígena. ¿No será entonces la imagen que se obtiene una encubridora de la realidad total o mayoritaria del pueblo americano? Esto es manifiestamente más importante en el mundo andino, donde los indios además de analfabetos tenían una cultura diferente y enfrentada como posibilidad nacional. Por eso, porqué leer la historia con los ojos de los que los cerraban para esa -parafraseando los periódicos de la época inicial de la república-"interesante porción de la patria" como los llamaban.

R/ La cuestión de la prensa ha de situarse en un marco más general, el de los sistemas y medios de comunicación en las sociedades de la época de la Independencia, lo que eliminaría bastantes falsos problemas. Nadie puede pretender que, por muy marginado que estuviese el mundo indígena, viviese completamente aislado del resto de la sociedad y no se comunicase con el resto de ella por escrito, oralmente o por otros lenguajes (icónicos, ceremoniales, etc.)

En el caso de México la comunicación es constante, considerable y reconocida, a la cual ha contribuido un mestizaje muy generalizado, la gran movilidad de la población indígena y, sobre todo a finales del siglo XVIII, su importante alfabetización, mayor que en periodos posteriores del siglo XIX.³ Los trabajos de Tanck Estrada sobre las escuelas de la ciudad de México a principios del siglo XIX y sobre las escuelas de los pueblos —en su mayoría de indios— confirman el extraordinario crecimiento del número de escuelas en el virreinato, sin duda más de un millar, incluso en pequeños pueblos

² Publicado originalmente en *Debate y Perspectivas*. España, Nº 3, 2003, pp. 193-201. Agradecemos la disponibilidad y colaboración de Luis Miguel Glave para publicar esta entrevista en *Illapa*.

³ Sintetizo y amplío un poco lo dicho en *Modernidad e Independencias*, cap. VIII.

de indios.⁴ Aunque de ahí no se pueda deducir que todos los niños acabasen por saber leer, se puede suponer que la capacidad de leer — menos, de escribir— estaba bastante difundida, incluso en el campo. Ciertamente había en cada pueblo varias personas — ¿unas cuantas?, ¿varias decenas?— que podían leer, como lo confirman la correspondencia con los pueblos durante la insurgencia y los temores de la época. En 1811, por ejemplo, el Deán del Capítulo de México se inquieta por la difusión de “la multitud de pasquines, cedulillas, cartas y otros arbitrios para inficionar la lealtad y patriotismo de los americanos, especialmente de los *indios y rancheros*.”⁵ Este fenómeno no puede más que reforzar lo que ya sabemos sobre la gran semejanza de los imaginarios de la población mexicana, tanto en el campo religioso (pensemos en la devoción a la Virgen de Guadalupe) como en el campo político, según se ve en los múltiples escritos de la época de la Independencia. Bien se sabe ahora, por lo demás, que los pueblos indígenas fueron en México actores políticos esenciales tanto de la Independencia como de una buena parte del siglo XIX, participando activamente, por ejemplo, en los pronunciamientos y dejando en este caso innumerables actas escritas de adhesión o de rechazo a estos acontecimientos.

Aunque sin duda en los Andes la escolarización, el alfabetismo y el aislamiento de las comunidades fueran mayores, algunos estudios (como los de Joelle Chassin sobre la revuelta de Huánuco) y bastantes documentos de archivo nos muestran que sus conocimientos acerca de acontecimientos no sólo del virreinato, sino incluso de Europa eran relativamente importantes, lo que explica también los esfuerzos de traducción a lenguas indígenas de documentos esenciales

⁴ Dorothy Tanck de Estrada, *La educación ilustrada (1786-1836)*, México, 1977 y *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*, El Colegio de México, 1999, 665 p.

⁵ Informe sobre la libertad de prensa hecho por los Venerables Deán y Capítulo de la sede vacante de México al Virrey Don Francisco J. Venegas, el 14 de junio de 1811, en Genaro García, *Documentos inéditos para la Historia de México*, t. 9, 1910, p. 173.

por los gobiernos revolucionarios de Buenos Aires y sus partidarios en el Alto y Bajo Perú. No cabe, por eso, hablar de una heterogeneidad total de su imaginario y el de las élites europeas. Tres siglos de relaciones mutuas lo hacen imposible. El grito, por ejemplo, de “Viva el rey y muera el mal gobierno” común a tantos levantamientos — indígenas o no— implica un imaginario en parte común y la interiorización del antiguo imaginario político de la “república”: la primacía de la justicia como valor social, una imagen del rey como dispensador supremo de ella, una noción pactista de las relaciones entre gobernantes y gobernados, la legitimidad de la protesta cuando autoridades abusivas rompen el pacto, etc. Estos imaginarios son perfectamente perceptibles en todos los discursos indígenas que poseemos.

En mayor o menor grado en todos los sitios había mediadores entre los dos mundos. Había indígenas residiendo en las ciudades y villas que no habían cortado sus vínculos con sus comunidades de origen; había indígenas de los pueblos cercanos que venían a vender sus productos; había en el campo, caciques que habían aprendido el español y curas que hablaban lenguas indígenas; había, entre campo y ciudad y entre diversas regiones, arrieros y comerciantes ambulantes, indígenas o mestizos.

Una vez dicho esto, para evitar falsos problemas, lo importante es analizar detenidamente las redes de comunicación, los medios empleados, las estrategias utilizadas en este campo por todos los actores, los indígenas también. Hay, pues, que estudiar cuáles son los lugares y las personas situados en nudos estratégicos de esas redes; ponderar la parte de transmisión oral y escrita — impresa algunas veces y más comúnmente manuscrita—; identificar la parte respectiva de manipulación voluntaria o involuntaria en las propagación de noticias y rumores; examinar las modificaciones a los que son sometidos; todo esto nos ilustra precisamente sobre los imaginarios de unos y otros y sobre los fines que persiguen los diferentes actores.

A partir de ahí se pueden analizar las causas y las consecuencias del aumento del número de periódicos —y las mutaciones de su contenido— así como la multiplicación de todo tipo de impresos. Ambos tienen su origen en el vacío del poder regio que se produce en 1808 con la abdicación forzada de Fernando VII. Este acontecimiento inaudito abre la vía a la constitución de una esfera pública moderna, aunque en un principio no fuera muy moderno lo que entonces se manifiesta. La legitimidad de los nuevos poderes sólo puede fundarse en el “cuerpo político” de la Monarquía, aunque una parte del debate sea si hay que considerar ésta como una nación unitaria o como un conjunto de cuerpos políticos menores, los pueblos. Ya sea por vía electoral o por vía de opinión, hay que oír su voz, pues ahí está en último término la legitimidad suprema. Y esta voz es necesariamente plural, no sólo porque las opiniones difieren sobre las soluciones a los problemas políticos del día, sino también porque aparecen a plena luz las mutaciones culturales que habían experimentado las élites ilustradas en el siglo XVIII sobre “el reino de la opinión”. Una “opinión pública” que no es una suma de “opiniones” variables e inciertas, sino el resultado teóricamente racional, cierto y único del uso público de la razón.

Pero lo “público” al que se refieren ya no es el “público” antiguo, el “pueblo”, la “república” en su conjunto, sino los que por sus prácticas culturales —de sociabilidad, de lectura, de discusión— son los verdaderos ciudadanos de la “República de las Letras” primero, del “pueblo soberano” después. Esta “opinión pública” se ve investida de toda clase de funciones: impedir el despotismo al denunciar la arbitrariedad y los abusos del gobierno, ilustrarlo con consejos y sugerencias a la manera de los antiguos arbitristas, manifestar la aprobación o desaprobación del “pueblo” hacia su acción; pero también, informar a los ciudadanos e ilustrar al pueblo —bajo—, disipar los prejuicios —“preocupaciones” se dice entonces—, combatir la ignorancia, difundir las “luces”. Todo un programa multiforme que abre la vía

a diversos usos y estrategias de la “opinión” en los diferentes momentos, y por diferentes actores en el siglo XIX.

Sin embargo, en la realidad las cosas no serán ni tan bellas ni tan simples. La expansión de los escritos —manuscritos e impresos— de la época de la independencia se hará en la América hispánica en un contexto de querellas de facciones que pronto se trasformarán en guerra civil entre regiones “patriotas” y “realistas”. Una guerra que, como todas las guerras civiles, es una guerra de palabras, algunas modernas, otras, la mayoría, muy antiguas. Hay que convencer y movilizar a sus partidarios exaltando su causa —la del rey o la de la patria— con argumentos que apelan más al sentimiento que a la razón. Hay que denigrar a sus enemigos mostrando su injusticia, su crueldad, su impiedad. Y en esta “guerra de opinión” todos participan con sus propios medios. En las ciudades, las élites y el bajo pueblo urbano combaten con sus modos de expresión tradicionales: con el pasquín, el libelo, las hojas volantes, las canciones, el rumor, sin que muchas veces sea posible saber si son las unas o el otro los que los han lanzado. Los gobiernos lo hacen publicando y difundiendo gacetas o impresos que son otras tantas armas en la lucha contra sus enemigos y que en parte recogen los mismos géneros literarios y los mismos temas. Y, cuando progresivamente, después del conflicto armado, se vaya instaurando una libertad efectiva de prensa, no todo lo que las imprentas produzcan pertenecerá al registro de la moderna opinión pública, sino también a viejas prácticas de la lucha de facciones o la exposición de agravios de antiguos actores sociales. Así se ve, por ejemplo, en los primeros años del México independiente, proliferar la publicación de folletos de escasas páginas en los que un pueblo indígena presenta sus agravios contra un comandante militar, como antes lo hubiera hecho con una representación al virrey; o a un religioso sancionado por su superior presentar su defensa; o a un personaje poco conocido defender su honor, mancillado por un folleto anónimo o una alusión en la prensa. El “reino

de la opinión” hay que entenderlo aquí en el sentido más estricto: se apela ahora a la opinión como antes se apelaba al rey o a sus agentes. Y esta híbrida “opinión” no puede reducirse a los periódicos y debe englobar la inmensa folletería que, en todos los países hispánicos de esta época, es una parte esencial de la esfera pública, moderna y antigua, en la que participa también en las ciudades el bajo pueblo urbano. En México, también, estos folletos son vendidos a gritos en las calles, leídos y comentados en las tabernas y temidos por eso por las autoridades.

Una de las líneas de investigación menos exploradas para el resto del siglo XIX es saber de qué manera se perpetúa y evoluciona esta opinión popular y cómo se articula con los diferentes lugares y soportes de opinión de las élites: tertulias, sociedades diversas, periódicos, folletos también. El mundo de la opinión no se limita a los periódicos, ni al impreso, ni al escrito, ni a las élites, ni a las ciudades. Hay, como en la sociedad misma formada por múltiples grupos imbricados, una multiplicidad de espacios y modalidades de opinión.

2.-Los periódicos fueron fuentes básicas de la primera imagen historiográfica que se dieron los pensadores de la burguesía criolla que buscaba sancionar su idea de nación. En los Andes por ejemplo tenemos las primeras “historias” hechas en base a la prensa periódica y los impresos políticos como la Historia del Perú independiente de Mariano Felipe Paz Soldán o la Historia de los Partidos de Santiago Távara. Paz Soldán hizo luego una fundamental Biblioteca Peruana donde consignó sus fuentes y entre ellas los periódicos fueron lo más saltante e interesante. El polígrafo boliviano Gabriel René Moreno, más prolijo que el peruano Paz Soldán pero más ideológico, publicó otra Biblioteca Peruana que se suma a la otra como una de las bases bibliográficas que los estudiosos posteriores usaron. Estos son los baluartes de la historia política, militar y diplomática, que se centraba en las alturas del

poder, en los hechos irrepetibles y heroicos. Historia positivista, donde la erudición de unos sustentaba la discursividad ideológica de otros. Con ello se consagró una visión que luego fue puesta en cuestión por la historia revisionista de la segunda mitad del siglo XX. La pregunta es: ¿qué diferencia el estudio de los maestros del XIX de los modernos aportes de la historiografía que vuelve a la prensa periódica? ¿o es lo viejo resucitado con envoltura de nuevo?

R/ El problema no viene de las fuentes, sino del enfoque con que se las trabaja. El hecho de haber publicado estas colecciones de periódicos es, a pesar de su ideología elitista, una gran cosa, aunque hay que verificar si esas ediciones son completas y cómo se hizo la selección de las fuentes publicadas. Sería absurdo que esos papeles —periódicos o no— que apasionaron a las élites del siglo XIX fuesen considerados por los investigadores actuales como despreciables. No sólo son importantes porque nos ilustran sobre lo que preocupaba a los grupos dirigentes, sino también porque gracias a ellas podemos aprehender múltiples realidades.

En primer lugar, saber quiénes son los que participan en la vida pública. El estudio de los publicistas es una parte esencial del análisis de la vida política. El análisis prosopográfico de ese medio nos permite captar no sólo su origen social o geográfico sino también su relación con la política. Como lo hizo, con gran pertinencia Pilar González Bernaldo para Buenos Aires del siglo XIX,⁶ al cruzar esta prosopografía con la de los hombres políticos y los miembros de diversas asociaciones, se puede estudiar una parte esencial de la élite dirigente, sus itinerarios personales, sus proyectos políticos y una parte de sus estrategias.

En segundo lugar, hay también que considerar el periódico mismo como un actor: a veces como una prolongación clientelar de

⁶Pilar González Bernaldo de Quirós, *Civilité et politique aux origines de la nation argentine. Les sociabilités à Buenos Aires. 1829-1862*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1999.

algún personaje o facción política; otras, como la expresión de un grupo más o menos informal, reunido precisamente para expresarse a través del periódico, como lo fue, por ejemplo, el grupo que editó el Mercurio Peruano. Con más o menos semejanzas este fenómeno sigue dándose en el siglo XIX y se puede aun constatar en el siglo XX, por ejemplo, en la prensa anarquista.

En tercer lugar, hay que considerar también el papel que juegan los periódicos en la lucha política. Como bien sabemos, una buena parte de estos periódicos tienen un existencia efímera, muy ligada a acontecimientos políticos importantes: un cambio de gobierno o de régimen, las elecciones, un pronunciamiento, una guerra civil. Un análisis detenido de esta literatura permite aprehender lo que está en juego, los "partidos" en liza, el público al que se dirigen. Una cronología precisa de las publicaciones da muchas luces sobre esos momentos claves, que a veces contradicen las versiones clásicas de la historiografía.

En cuarto lugar, y muy relacionado con el punto precedente, está el análisis de los lenguajes políticos —incluidas las ilustraciones y las caricaturas— y de los imaginarios, que no se limitan a las palabras. La prensa es una magnífica fuente para este tipo de análisis: para captar cuáles son las palabras claves una época o de un grupo político, su polisemia particular, las estrategias discursivas empleadas y también el público al que se dirigen, o quieren dirigirse.

El problema del público, del lectorado, es en general difícil de resolver, pero esencial. La dificultad viene, muchas veces, de la ausencia de archivos de las publicaciones, muy frecuente, sobre todo, en el caso de publicaciones efímeras, pero también de periódicos de más raigambre y duración. Sin embargo, una lectura atenta de noticias breves, avisos en letra pequeña, direcciones de los lugares de venta, precios permiten reconstruir la geografía espacial y social del lectorado. El análisis de los géneros literarios empleados, las noticias de publicación o de venta de libros, los avisos de asociaciones, la

publicidad, cuando existe, son otras tantas maneras de aprehender el medio al que se dirige. Los enfoques tienen que ser múltiples y no limitarse al lenguaje, ya que a menudo, el lenguaje popular o picaresco puede no ser la señal de un público popular, sino un juego de estilo de las elites mismas; y lo mismo pasa con las cartas de los lectores o los artículos recibidos, que son a menudo compuestos por los autores mismos del periódico. No quiere decir esto que los periódicos estén siempre dirigidos a una élite, puesto que uno de los fenómenos claros del siglo XIX es la progresión del lectorado en otros grupos sociales, populares también, cuya cronología tiene que ser objeto de un análisis fino.

En fin, queda por efectuar una conceptualización del papel de la prensa en la vida social y política: las funciones diversas que juega la "opinión" en los diferentes momentos del siglo XIX : como lugar de debate, como medio de legitimación, como instancia crítica, como expresión de reivindicaciones, como útil de socialización de nuevas ideas o valores.

Pregunta: *En la "guerra de palabras", en la "conquista de la opinión", se abre un frente entre "patriotas y realistas" que gana el republicanismo, la soberanía. Fue como si un nuevo paradigma se hiciese del comando de las formas de expresión, incluida la "opinión pública". En los Andes, las cosas me parece que tomaron el mismo camino que México o el cono sur, sin embargo, por qué tuvo que llegar un contingente militar desde el sur y luego del norte que reclutó a los militares del último ejército colonial para ganar la independencia, porque sólo entonces la "república de las letras" -que no había podido afianzar en el poder su hegemonía cultural- se asoció con los militares, que sin embargo fueron los mandatarios por varios lustros.*

R/ La evolución dista de ser lineal. En una primera época, de 1808 a 1814, en el debate sobre la legitimidad de los nuevos poderes las juntas americanas, apoyadas en la soberanía de los pueblos, con su autogobierno

“republicano”, llevaban las de ganar, pues se apoyaban en el viejo imaginario pactista hondamente enraizado en la cultura política hispánica, el mismo que justificaba los gobiernos supletorios españoles. La invocación de la fidelidad al rey cautivo por parte de los realistas tenía un carácter puramente retórico, pues nadie podía saber cuál era su voluntad, ni si algún día volvería. La situación cambia profundamente con su vuelta a España en 1814. La extraordinaria fuerza que tiene aún legitimidad regia aparece entonces claramente.

Aunque el tema esté poco estudiado, es indudable que estos años difíciles para los independentistas no se explican únicamente por razones militares. De hecho, sólo el Río de la Plata resiste, e, incluso ahí, se intenta negociar con el rey o buscar un monarca en otra familia regia. Las ambigüedades de la Constitución de Cádiz y de los primeros textos constitucionales americanos, que afirman la soberanía de la nación al mismo tiempo que exaltan al soberano cautivo, se disipan con la vuelta de Fernando VII. La restauración del absolutismo y la abrogación de la Constitución de Cádiz tienen lugar sin resistencia. La soberanía del rey no tiene rival entonces. Aunque una parte de las élites españolas y americanas sean constitucionalistas y liberales, bien conocen el prestigio del rey ante el pueblo. Por otra parte, incluso para ellas la experiencia del autogobierno ha llevado a la inestabilidad política. Los escritos de autores como el Deán Funes, Camilo Henríquez o Bernardo de Monteagudo en los años 1813-1815 son una reflexión desilusionada sobre las consecuencias imprevistas del nuevo régimen — de la soberanía del pueblo y del reino de la opinión— que han llevado a la lucha de facciones y a las querellas entre pueblos.

La supresión de la constitución y de sus libertades por el absolutismo restaurado hiere a los liberales, pero es sobre todo su incapacidad para dar una solución política a los problemas americanos —olvido de los odios civiles y concesión de una dosis de autogobierno— lo que va provocar la

continuación de la guerra, la mutación de las identidades americanas y el auge independentista de finales de los años diez. La marcha a la independencia no vendrá esencialmente de la demanda de libertades individuales, sino de la reivindicación de la libertad colectiva. La libertad de la “patria” — de los “pueblos”— y su corolario, la eficacia militar, tendrá primacía sobre todo lo demás. Aun afirmando los principios políticos modernos, los “libertadores” van, de hecho, a investir al ejército de la representación supletoria del pueblo y a posponer el pleno ejercicio de la constitución y de sus libertades a la consecución de la independencia.

En esta segunda fase la “república de las letras”, no fue el artífice de la independencia, aunque sí proporcionara los instrumentos discursivos para justificarla. El caso del Perú no es, en este campo, muy diferente de los demás; su originalidad estriba en la elección del campo “realista” por la mayoría de las élites limeñas. A mi modo de ver, este hecho tiene ante todo una explicación geopolítica: una lucha por la supremacía en América del Sur entre Lima y Buenos Aires, que Lima acabó perdiendo. En cuanto a los militares, puesto que la libertad de los antiguos” predominó en casi todos los sitios sobre la libertad de los modernos”: ¿qué mejor título para gobernar que el haber empuñado las armas para defender a la patria?

Pregunta: Los impresos, los periódicos y las publicaciones vienen a coronar un proceso de comunicación. Sus afirmaciones nos conducen a pensar en múltiples formas de esa comunicación, que culminan en la ilustración o las luces de la prensa pero que empiezan en las formas orales, los pasquines, los rumores, las campanadas... ¿Es posible una jerarquización de los formas comunicativas, de los propios medios que aparecen? ¿Qué relación guardaría esa jerarquía con una arqueología del texto comunicativo?

R/ Una buena parte del trabajo de investigación está por hacer y, por ende, la

conceptualización correspondiente, aunque los trabajos de Roger Chartier y de Arlette Farge, entre otros, para Francia, proporcionan bastantes elementos de reflexión. Las consideraciones siguientes son sólo una primera aproximación a un tema muy amplio. La primera, es la necesidad de distinguir entre el tipo de medio de comunicación empleado y su uso, según el lugar, el momento y el fin buscado.

Si el medio empleado es la palabra, la primera distinción pertinente es, sin duda, la que separa lo oral y lo escrito. En la comunicación oral es importante distinguir la palabra privada —la conversación, la información, el rumor susurrado al oído— de las diferentes formas de palabra “pública”—: el sermón desde el púlpito, la lectura de una proclama por voz del pregonero, la arenga de un jefe militar a sus soldados o los diferentes tipos de discursos —en una ceremonia, en un motín, en una asamblea o en una campaña electoral—. Estas diferentes formas remiten no sólo a géneros discursivos y a lugares o espacios físicos diversos, sino también a los públicos y a relaciones diferentes entre el locutor y sus oyentes. El pregón, la arenga, el sermón, el discurso en una ceremonia son palabras jerárquicas, revestidas de autoridad. La conversación o el rumor o, en otro registro, el discurso parlamentario, se sitúan en un plano más horizontal e igualitario. En fin, en otros casos la palabra de un orador —en un mitin, o en motín— se presenta como venida de abajo, como la voz de una muchedumbre o del pueblo.

De la misma manera, los usos del manuscrito y del impreso responden a lógicas diferentes. Algunas están determinadas por las condiciones mismas de su producción, aunque también aquí sean necesarios muchos matices. El impreso, casi por definición, está destinado a una amplia difusión, mientras que el manuscrito parece a priori destinado a la comunicación entre individuos o en un ambiente restringido. Pero esta afirmación es demasiado general, puesto que, aún a finales del Antiguo Régimen, algunos impresos cuentan con tiradas muy reducidas —por

ejemplo, las relaciones de méritos—, mientras que algunos tipos de manuscrito —los escritos clandestinos, como los libelos, canciones, y hojas volantes— pueden ser copiados a decenas de copias y llegar a un público bastante amplio. Por eso, aquí hay que considerar también el uso y fin de estos escritos. La impresión de un escrito puede estar destinada más a fijar el texto o a darle un carácter oficial que a proporcionarle una difusión mayor. E inversamente, el uso del manuscrito puede indicar no tanto el carácter restringido del público al que se dirige, como la imposibilidad para el autor de acceder a la imprenta, ya sea por la inexistencia de ésta, ya sea por su control por las autoridades. Una de las sorpresas que están trayendo los estudios recientes sobre las Luces y sobre la época de la Independencia es el uso amplísimo del manuscrito, no sólo en la literatura de protesta o en épocas de agitación, sino también en las prácticas usuales del ambiente ilustrado. Una buena parte de sus intercambios y discusiones se hace a partir de copias manuscritas —integrales o parciales— de libros o periódicos poco disponibles o de producciones originales de todo tipo destinados a ser leídos y discutidos en tertulias o sociedades. El uso del manuscrito basta aquí para círculos no muy numerosos, deseosos por lo demás de distinguirse así del vulgo.

En fin, en el campo de los imaginarios y de los valores otros medios de comunicación son tan importantes o más que el escrito. Nos referimos al vasto campo de lo que entra por los ojos o los oídos: tanto las imágenes —pinturas, esculturas— como la música, los símbolos y las alegorías, el urbanismo —con la jerarquía del espacio y de los edificios que conlleva—, las prelações, las procesiones, las ceremonias. En las sociedades barrocas como lo son las americanas —en el Antiguo Régimen e incluso después— son estos medios los que más profundamente modelan los imaginarios, enraizan o modifican los valores, revelan las jerarquías sociales —reales o ideales— y construyen las identidades colectivas. De ahí el carácter reductor de interpretaciones como

la de Benedict Anderson, que explican la aparición de identidades colectivas de tipo nacional por la difusión de la imprenta o la multiplicación de los periódicos, como si no existiese ya antes toda esta inmensa gama de medios de comunicación tan numerosos y empleados en las sociedades euroamericanas del Antiguo Régimen. ¿Qué es más importante, por ejemplo, para la identidad de la Nueva España, los periódicos de finales del siglo XVIII o la inmensa difusión, por lo menos desde el siglo XVII, de las imágenes y del culto de la Virgen de Guadalupe?

De ahí, también, que el estudio de las múltiples expresiones de las políticas icónicas y simbólicas —con sus éxitos y fracasos— sea una de las vías más prometedoras para analizar el paso del Antiguo Régimen a la modernidad. Cuando estos estudios sean más numerosos podremos entonces jerarquizar de una manera más afinada la articulación de estos diferentes medios de comunicación y analizar sus progresivas mutaciones.

Pregunta: Una consecuencia de la folletería y de las formas de la primera prensa republicana en los países hispanoamericanos fue la aparición de una literatura. La literatura como forma comunicativa y cultural se asoció a esa forma de prensa, particularmente la novela que se originó en el folletín. Esa literatura además adquirió una dimensión especial: fue nacional. Recibió la influencia de Francia y de España, pero se desarrolló con personalidad, que buscó afirmar. Hubo un nacionalismo literario, a la vez que un americanismo hacia la mitad del siglo XIX. Estos temas ¿han sido materia de la literatura más no de la historia, porqué? Junto con las literaturas nacionales, se vino a formar un discurso literario particular: la historia. También nacional por su mensaje y su misión autoconcedida de ser lenguaje preceptivo, la historia (el tiempo y el espacio nacionales) que se vino a escribir también estuvo acuñada en esas páginas. ¿Qué relación hay entre la Historia como discurso y la opinión?

R/. En este campo, como en los demás, la evolución americana es inseparable de la europea y, como en Europa, la construcción de la singularidad nacional es un fenómeno cosmopolita.⁷ Por eso, la difusión como folletines de novelas costumbristas o de relatos históricos franceses, españoles e ingleses y la adopción de esos géneros literarios en América va pareja con la afirmación de la singularidad de los nuevos países y la construcción del imaginario nacional. Es cierto que, entre los géneros literarios empleados, la historiografía ha sido la más estudiada por los historiadores, quizás porque su mensaje es más explícito y su aparición más precoz. Incluso antes de fijar y socializar el tiempo y el espacio nacionales, los primeros relatos históricos justifican, explicitan y reivindican la ruptura que supone la formación de las juntas en América y la entrada en una nueva era: la de la libertad. Búsqese o no aún la independencia, la formación de las juntas es para sus partidarios tomar posesión de su destino: entrar en la Historia y convertirse en sujetos de Historia.

De ahí la necesidad de elaborar un nuevo relato de los orígenes. Unas veces, la voluntad de historiar es inmediata y explícita. El *Aviso al Público* de Bogotá dedica así veintidós números en 1810-1811 a “la historia de nuestra Revolución”, en una época en que las juntas gobiernan aún en nombre de Fernando VII. Otras veces la explicación de la historia y por la historia es implícita, pero no por eso está menos presente. La mayoría de los discursos de la época, sea cual sea su género y su soporte, son discursos históricos, no sólo los que se presentan explícitamente como tales, sino también las proclamas y los manifiestos, la prensa, las ceremonias, los monumentos y los símbolos, el calendario,⁸

⁷ Cfr. por ejemplo, para Colombia, Frédéric Martinez, *Le nationalisme cosmopolite. La référence à l'Europe dans la construction nationale en Colombie (1845-1900)* Thèse de Doctorat, Université de Paris I, 1997, 824 p. y para Europa, Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIIIe-XXe siècle*, Paris, Seuil, 1999

⁸ Pronto se fechan los documentos a tal "año de nuestra revolución".

los catecismos patrióticos... Todos exponen, con mayor o menor profundidad, los antecedentes y las causas próximas o lejanas que han llevado a la situación en que se encuentran. Como en Francia y en España, los primeros relatos históricos son los de la revolución, los de la ruptura con eso que desde entonces se llamará el Antiguo Régimen. Luego vendrán las “historias patrias” que, incluso antes que en la mayoría de los países europeos, construyen la historia de una nación identificada con los Estados nacidos de la desintegración de la Monarquía hispánica.

Pero, en efecto, la historia propiamente dicha no es el único género literario empleado con este fin. El teatro, la poesía y la canción ocupan desde la época misma de la Independencia un papel esencial por la facilidad de la memorización y su lirismo movilizador; a ellos habría que añadir la retórica sacra. Los poemas, canciones, obras de teatro y sermones patrióticos forman un conjunto de fuentes aún poco estudiadas sistemáticamente en una perspectiva histórica.

En cuanto a la novela, aunque su empleo masivo sea en general posterior, Fernández de Lizardi con su *Periquillo Sarniento* había ya utilizada la picaresca para su crítica liberal del Antiguo Régimen. La novela, después, sea romántica, costumbrista o histórica, será un medio privilegiado de expresión y de difusión de los nuevos imaginarios. ¿Cómo no analizar, como lo hizo en su tiempo Pilar González Bernaldo, *La cautiva* de Esteban Echeverría para comprender la futura conquista del “desierto” pampeano? ¿O el *Facundo* de Sarmiento, para la construcción de la oposición civilización-barbarie y la crítica de la antigua sociedad? ¿O, con signo contrario, la nostalgia de un idealizado Antiguo Régimen en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma? ¿O la literatura costumbrista para definir el “genio” o el “carácter” nacional?

Portadores de imaginarios y valores, la novela y los demás géneros literarios —y con ellos los discursos no verbales ya citados— son a veces la expresión de un consenso

colectivo, pero las más veces, visiones divergentes del hombre, de la sociedad, de la nación. Por eso son una parte tan importante —o más— de los debates de la “opinión pública”, como los que presentan como explícitamente políticos en la prensa o en el parlamento. Y, por tanto, un objeto indispensable de historia.

CONVOCATORIA

Hacemos un llamado a todos aquellos historiadores, educadores y demás científicos sociales que deseen enviarnos sus comentarios, ensayos, reseñas, convocatorias de congresos y otras novedades, lo hagan todo este mes de abril y mayo para que se pueda incluir en el N° 6 del *Investigador Latinoamericano* de fines de mayo del 2010.

Agradeciendo la difusión y los comentarios de este quinto número, nos despedimos hasta otra oportunidad, atentamente, Daniel Morán, María Isabel Aguirre y Frank Huamaní.